

S U P L E M E N T O S E M A N A L D E A R R I B A



Presente del fútbol español. Andalucía en el fútbol nacional

Pasa el fútbol español por unos momentos de transición, fácilmente explicables después de la tremenda conmoción sufrida por nuestra Patria: destrozada nuestra organización federativa, como tantas otras organizaciones nacionales; deshecho y huido nuestro equipo nacional, hubo necesidad, al llegar la paz, de acometer la tarea de rehacer cuanto había sido destruido y desorganizado, acoplando esta reconstrucción a los moldes estatutarios del nuevo régimen de la Nación.

Pero esto, que en la parte burocrática es una labor fácil y hacedera con un mínimo esfuerzo, no es tan posible ni realizable cuando se pretende formar la selección nacional. Podrán reponerse y reformarse los estatutos y reglamentos, podrán acordarse innovaciones en las normas federativas, podrá reanudarse la vida del deporte en general y del fútbol en particular con pocas mutaciones y casi sin apenas solución de continuidad; pero... lo que no es posible, ni tan fácil, ni rápido, es buscar y encontrar nuestra selección nacional, una selección nacional que resista la comparación con aquella otra que paseó victorioso el nombre de España por los estadios europeos, en aquel Campeonato del Mundo.

Tenemos una fe ciega en el futuro de nuestro deporte predilecto, y una confianza absoluta de que volverán aquellos

tiempos, aún más prósperos y pujantes, y nuestro fútbol volverá a ser lo que fué. Es cuestión de algún tiempo, de un poco de paciencia y de que continúe la afición que hoy existe y se manifiesta tan incrementada en todo el ámbito nacional. Nos basta para tener esta convicción dirigir una amplia mirada al mapa futbolístico de España... observando cómo ha subido extraordinariamente el nivel medio del fútbol español, base principal y augurio indudable de un mañana próximo y potente. Recordamos fácilmente la época pasada, en la que el fútbol se "repartía" únicamente entre cuatro o cinco capitales de provincia y entre cinco o seis Clubs todo lo más, que eran los únicos capaces de sostener un equipo de categoría superior. Entonces en las provincias de segundo orden apenas se reunían algunos "jóvenes de la localidad" para formar un equipo "amateur" y solazarse los ratos libres dándole patadas, sin ton ni son, a una pelotita que a veces era un balón de colorines... Hoy asombra encontrar Clubs y Sociedades con capacidad y arraigo en pequeñas poblaciones e incluso en pueblos de escasos habitantes, que participan lucidamente en las competiciones nacionales y regionales, y sostienen con más o menos dificultades un Club de fútbol.

Repasemos la lista de los Clubs de categoría nacional que componen la Primera y Segunda Divisiones de la Liga, y observaremos cómo todas o casi todas las provincias españolas toman parte en este concierto deportivo de carácter nacional, y veremos también cómo algunas regiones, como Andalucía, por ejemplo contribuye con tres Clubs nada menos en la Primera División, y otros tres en la Segunda, más dieciocho o veinte Clubs en la categoría regional.

Estas consideraciones nos llevan como de la mano a hablar del fútbol andaluz, que tan potente y elevado se viene mostrando en estos últimos tiempos. El ritmo progresivo y ascendente que inició el fútbol andaluz hace algunos años, ha visto coronada brillantemente esta primera etapa con el ascenso del Granada C. F. a la Primera División y al retorno del Real Betis a la misma División, donde en unión del Sevilla C. F., el Club decano del Sur, constituyen el tríptico de honor del fútbol regional.

Quedan otros Clubs andaluces—el Cádiz, Málaga y Xerez—tan capaces como el Granada y el Betis de escalar y conseguir ese ascenso a la Primera División—ya el Cádiz estuvo a punto de obtenerlo en 1939—, y no nos sorprendería nada que en la próxima temporada fueran ya cuatro los Clubs andaluces que participaran en esa División privilegiada. En una categoría más inferior figuran el Onuba, de Huelva; el C. Deportivo de Córdoba y el Coria C. F., aunque también con grandes núcleos de afición detrás de ellos, que les estimulan y animan a superarse y elevarse de rango. Mala suerte tuvieron el Onuba y el Deportivo cordobés, y esto les llevó a descender de categoría cuando tantas esperanzas tenían de su continuación en la Segunda División. Aun tenemos la ilusión de que estos Clubs vuelvan a adquirir el prestigio de antes.

Por detrás de ellos, y en la primera categoría regional, existen otros Clubs de tanto nivel deportivo en la región como la Olímpica de Jaén, el Linares, la Balompédica de La Línea y otros más que son constantes animadores de los campeonatos y torneos regionales que se celebran entre ellos. Y después... otros muchos Clubs, hasta más de doscientos, que figuran afiliados en la Federación Sur de Fútbol, número aún no sobrepasado más que por la región catalana, y que es por sí sólo dato bastante elocuente sobre la capacidad deportiva de la región andaluza y el auge alcanzado por el fútbol en Andalucía.

Somos optimistas en cuanto al porvenir del fútbol español, y lo somos también en cuanto al futuro del de Andalucía. Sin titubeos ni desmayos daremos nuestra aportación sincera y desinteresada, a la organización nacional, con nuestro acatamiento y disciplina a las disposiciones de los organismos superiores, y al incremento del fútbol regional, dispensando nuestra ayuda y protección a los

Clubs modestos, fundamento y base vivo y sostén de toda la colectividad deportiva de la Nación.

Así lo hemos ofrecido al delegado Nacional de Deportes, y así procuraremos cumplirlo, con obediencia castrense.

DR. CALDERON HERNANDEZ
(Presidente de la Federación Sur de Fútbol.)

Mayo de 1942.

BETIS BALOMPIE



Equipo del Real Betis Balompié

El Betis Balompié fué fundado en el año 1907, figurando desde entonces en lugar preeminente del fútbol andaluz. El año 1909, y por fusión con otra Sociedad de Sevilla, tomó el nombre que desde entonces lleva.

Su primer equipo lo constituían nombres de gratísimo recuerdo para los aficionados andaluces, y estaba compuesto por: Añino, Picot, Beltrán, Tovar, Castillo, Amorós, Mata, Cuesta, Agar, López y Henke.

A lo largo de los años el Real Betis Balompié conquistó brillantes laureles y dió impulso grande al fútbol regional andaluz, pues con el Sevilla C. F. ha compartido siempre la supremacía del deporte favorito en el Sur de España.

En el seno de la Sociedad formáronse jugadores de gran renombre nacional, a lo largo de su dilatada existencia. Realizó campañas muy notables por toda España, y aun fuera de ella, pues en el año 1925 hizo una tournée por Alemania y Suiza, jugando diez partidos muy interesantes, y en los cuales dejó nuestro pabellón futbolístico en gran lugar.

El año 1931 hizo tan brillantísima campaña en el torneo de Copa, que culminó llegando a finalista en aquel memorable encuentro de Chamartín contra el Athletic de Bilbao. Al año siguiente, y siguiendo la estúpida marcha que llevaba, conquistó el título de campeón de Segunda División y el ascenso, por consiguiente, a la Primera, título que ganó precisamente en el último partido de la competición, contra el Oviedo C. F., venciendo por 4 a 2. Y finalmente, en la temporada 1934-35 a.c.izó, en una campaña no igualada hasta ahora en nuestro fútbol, el máximo galardón del deporte español: campeón nacional de la Primera División. Todos estos títulos los conquistaba el Real Betis por primera vez para Andalucía. El equipo que actuó en aquella temporada de imborrable recuerdo estaba integrado por: Urquiza, Areso, Aedo, Peral, Gómez, Larrinoa, Saro, Adolfo, Unamuno, Caballero y Lecuá. Al terminar esa temporada fué el Betis invitado a jugar en Milán contra el Ambrosiana, en un torneo en el que tomaron parte casi todos los campeones de Liga de Europa. Causó el equipo grata impresión. También el Betis viajó y jugó en Francia, Marruecos y Canarias, siendo, por tanto, uno de los equipos más conocidos desde hace mucho tiempo.

Al estallar el Glorioso Movimiento, el Betis dejó prácticamente de existir, por cuanto todos sus componentes—jugadores, directivos, socios—marcharon a sus puestos en la lucha. Esta circunstancia perjudicó en grado sumo a la Sociedad, ya que sus jugadores de entonces—todos de gran clase y relieve—no volvieron al Club. Se rebizo, no obstante, tan pronto como la guerra de Liberación quedó terminada, y tras dos temporadas de recuperación lógica, alcanzó ahora el ansiado ascenso a la División Primera, de la que quedó desplazado el año 1940, por falta absoluta de elementos que en ella lo pudieran sostener.

El año 1931 hizo tan brillantísima campaña en el torneo de Copa, que culminó llegando a finalista en aquel memorable encuentro de Chamartín contra el Athletic de Bilbao. Al año siguiente, y siguiendo la estúpida marcha que llevaba, conquistó el título de campeón de Segunda División y el ascenso, por consiguiente, a la Primera, título que ganó precisamente en el último partido de la competición, contra el Oviedo C. F., venciendo por 4 a 2. Y finalmente, en la temporada 1934-35 a.c.izó, en una campaña no igualada hasta ahora en nuestro fútbol, el máximo galardón del deporte español: campeón nacional de la Primera División. Todos estos títulos los conquistaba el Real Betis por primera vez para Andalucía. El equipo que actuó en aquella temporada de imborrable recuerdo estaba integrado por: Urquiza, Areso, Aedo, Peral, Gómez, Larrinoa, Saro, Adolfo, Unamuno, Caballero y Lecuá. Al terminar esa temporada fué el Betis invitado a jugar en Milán contra el Ambrosiana, en un torneo en el que tomaron parte casi todos los campeones de Liga de Europa. Causó el equipo grata impresión. También el Betis viajó y jugó en Francia, Marruecos y Canarias, siendo, por tanto, uno de los equipos más conocidos desde hace mucho tiempo.

Año I - Madrid, 10 de mayo de 1942 - Núm. 19



El fútbol español

Editorial; página 3.

Los cuatro partidos internacionales de esta temporada. Impresiones de un espectador, por Manuel Fernández Cuesta; página 4.

Los Clubs y el fútbol español después de la Liberación, por Eduardo Teus; página 5.

Breve historia del fútbol español, por José María Mateos; página 6.

Cómo se hacen los jugadores, por Ricardo Zamora; página 7.

Sobre las escuelas de fútbol, por "Flecha Dorada"; páginas 8 y 9.

Las lesiones en el fútbol, por el doctor Ferreras; página 11.

El fútbol de España es modelo de organización deportiva, por Carlos Alcaraz; página 12.

Campos de fútbol, por Javier Barroso; página 16.

Públicos españoles en el fútbol, por Pedro Escartín; página 14.

Fotografías del Archivo de ARRIBA y "Marca".



REDACCION,
ADMINISTRACION
Y TALLERES DE

"ARRIBA"



Larra, 8 - Teléfono 32610

EDITORIAL

EL FUTBOL COMO ESPECTACULO Y COMO DEPORTE



EN la creación y en el quehacer de nuestra época ninguna de las manifestaciones noblemente populares de los españoles puede pasar desapercibida a la intención de una empresa general sobre España. Aparece este número de SI dedicado al fútbol coincidiendo con las primeras jornadas del Campeonato de España y en instantes en que el apasionado griterío en torno a las competiciones pone una emoción de multitud en todas las provincias españolas. Sin la más leve mengua de todas las gravísimas preocupaciones que acosan diariamente a la existencia española, hemos aceptado esta semana alegremente la tarea de reunir en nuestro suplemento todo lo que es y representa como manifestación española el fútbol.

Dedicamos estas palabras previas a los dos sectores más antagónicos de lectores que ha de tener nuestro trabajo: a los que ni van al fútbol ni les interesa como espectáculo, y a los que ponen su emoción de cada domingo en la tabla de resultados y en la marcha y en la suerte de sus equipos favoritos. Casi en el título de este comentario sintetizamos ya todo lo que queremos exponer con más amplitud aquí, y que, dirigido a una y otra margen de la disputa, centramos en lo que es ya por sí solo el fútbol español como apasionamiento de centenares de miles de compatriotas. Como espectáculo creado por y para el entusiasmo de las multitudes el fútbol no puede ser una despreocupación más en la tradicional teoría de abandonos con que la política española ha pasado de largo al lado de esto o aquello; como deporte y como consigna, por tanto, formativa y de primer rango, es indudable que el fútbol hace surgir de su propio examen una serie de importantes juicios que no pueden ser desconocidos ni por sus más decididos entusiastas.

Frente a las competiciones futbolísticas, el detractor español se suele colocar desde la línea de un trogloditismo sin gracia hasta la de un casticismo sin excesivas justificaciones. Sabemos que al detractor del fútbol, cuya única preocupación dominical es que no le "machaquen" el seis doble en el bar de la esquina, no reclama tampoco grandes discusiones en torno a su esparcimiento semanal. El mantiene la sedentaria pesadez de sus tardes de fiesta

sin que le importen demasiado los desvelos deportivos que en nuestra época aceleran el corazón de las juventudes del mundo. En cuanto al castizo señor del tendido que vincula su afición—que también con el fútbol es nuestra—al exclusivismo y al signo de España, creemos que exagera... El español está situado frente al mundo, bastante más por encima de lo que suponen sus espectáculos favoritos, y Dios nos libre siempre de hacer nuestra esa caduca expresión de la "españolada".

Y nos gusta el espectáculo del fútbol español y le estimamos en su verdadero sentido por algo de su breve historia, que nos ha traído, aunque parezca excesiva la afirmación, no pequeñas alegrías nacionales. Dentro de la artificiosidad con que aparentemente el fútbol se implanta y adquiere carta de naturaleza en España—de ser cierta la afirmación de Giraudoux de que el fútbol es natural en las naciones donde el césped es un eterno espectáculo—bien pronto tuvo una expresión más allá de nuestras fronteras. Cuando todavía apenas se había acertado a fijar el bote extraño de la pelota sobre las calvas de nuestros solares, ya el fútbol nacional reclama pelea hacia afuera. Aunque sea escaso el hecho por aquel entonces, nosotros recordamos muy poco más.

Agresivamente, peleador, con pobres dotaciones económicas, el fútbol español aparece en los estadios de Europa reclamando un puesto frente a la potencia y a la preocupación de las demás naciones. No queremos sacar las cosas de quicio ni intentar también ensayos y elu-

tantas las horas emocionantes, casi reivindicativas, que el equipo nacional nos ha proporcionado! Hemos visto, vapuleadas limpiamente y ante masas hostiles a una España más allá de la futbolística, a una serie importante de equipos. Hemos contemplado cómo nuestro fútbol ha mantenido con altura y dignidad su suerte deportiva ante los mejores públicos de Europa. Durante algunos años apenas tuvimos otra cosa. Sentimos aún la emoción de nuestra niñez, cortada casi por las lágrimas, ante aquella desgraciada jugada con que Vallana quiebra la suerte del equipo español ante la Olimpiada de París. Aun recordamos el disparo alucinante que en la tarde magnífica de San Isidro marcaba en el Stadium Metropolitano el cuarto gol y la victoria sobre la maravillosa selección británica.

El fútbol es hoy una expresión del nombre de España fuera de nuestras fronteras, y eso no pueden negarlo ni siquiera sus detractores. Tengamos en cuenta que nadie sale impunemente de nuestros confines con el nombre de España en alto y que en el servicio—aunque sea futbolístico—de la nación pueden y deben imponerse los deberes más absolutos.

Y ahora, como justa contrapartida, digamos algunas cosas también para los partidarios del fútbol, para el cálido y entusiasta espectador de cada domingo. Para el ponderado "hincha" que no cree necesario detestarse de su ojal, ante el escudo de su equipo, el símbolo español que engloba y resume todos los entusiasmos de la muchedumbre española. Puesta previamente de relieve la atención que nos merece el es-

del atletismo podrá ser un juego —una aplicación del deporte, si se quiere benévolutamente—, pero jamás un auténtico deporte.

Nuestro concepto del deporte exige una extensión sobre el estilo y la educación de todos los españoles, una tal ordenación reglamentada y general, que no puede limitarse a la reducida masa que practica el fútbol. Queremos que el deporte sea una teoría educativa, con una práctica física, impuesta por el Estado, y que alcance por igual—en la medida de lo posible—a todos los españoles. Ni creemos en el gigante de feria, con el equilibrio y la salud regidos por el sistema métrico decimal, ni deseamos que la energía del pueblo se entregue por delegación a los reducidos equipos de deportistas en torno a los cuales se apasiona una muchedumbre. El deporte para todos. Sobre poco más o menos, lo que en España se llama un atleta y en Finlandia, por ejemplo, un finlandés, sea una inicial aspiración de las juventudes. Queremos que la velocidad y la potencia que ante los asombrados ojos de las muchedumbres del fútbol exhiben los equipos sea una vitalidad asequible para el mayor número de españoles.

Y tampoco creemos que sea el deporte el que eduque a los pueblos, sino los pueblos los que rehacen, dan normas y generosidad al deporte. Volvemos, pues, a nuestra tesis invariable de la intervención estatal en toda y en cada una de las fases del deporte. Cuando un pueblo pone de relieve todo su deseo de valor, de cortesía y de noble emulación diaria, será el deporte al que educativamente se le darán estos valores por añadidura. No pensamos descuidar en el orden de nuestro suplemento semanal la actividad y la presencia del deporte español. Hasta en esto tenemos también que romper primeras lanzas y colocarnos entre la secular contradicción española. Ni aspiramos a convertir el deporte en un signo exclusivo de existencia nacional, ni le despreciamos como deformador moral de los valores eternos. Como tantas veces en esta vida española que queremos superar, tenemos que decir: ni lo uno ni lo otro.

Bajo la mirada profunda, vigilante y lejana de un Estado, el deporte debe de ser no un limitado privilegio de minorías, sino una auténtica preocupación que recoja la salud y la fuerza de un pueblo para servicios y actitudes más trascendentes. Un tiempo del mundo que es superior a nuestras mismas preferencias exige que las colectividades nacionales no sean en la marcha de los demás pueblos un hecho humano o enquistado enfermizamente para la sola piedad y la condescendencia de los demás.

No queremos terminar sin dedicar un saludo a todos los equipos españoles que de una a otra línea de España disputan con la mejor alegría deportiva el trofeo que ofrece a su fuerza el campeón de todos los heroísmos españoles: el Caudillo.



Los jugadores españoles, terminado el encuentro, se encaminan al vestuario, pero son retenidos por los voluntarios españoles y los productores, que les felicitan por el honroso resultado

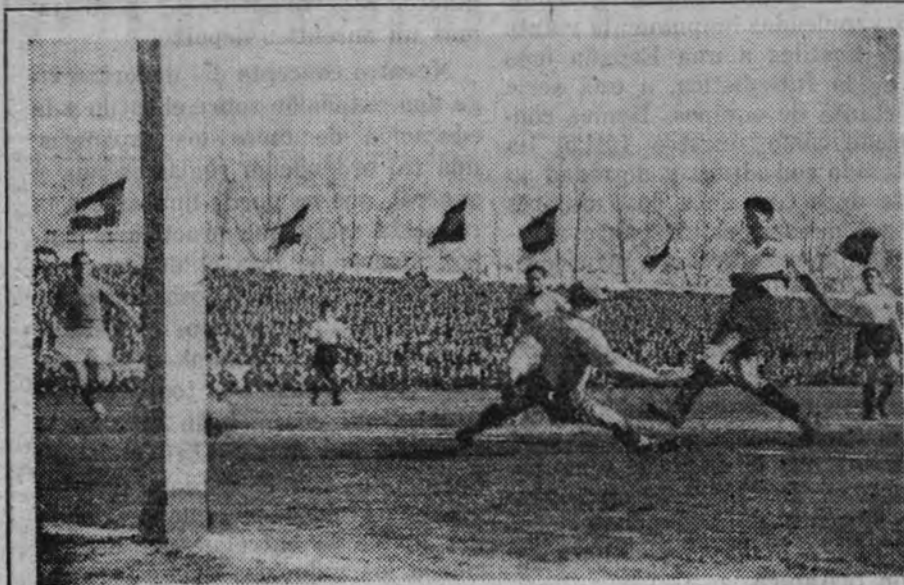
cubriciones en torno a nuestras primeras victorias futbolísticas internacionales. Cuando en el campo olímpico de Amberes surgen nuestros Zamora, Arrate, Belauste, Pagaza y tantos otros, la Europa deportiva, agolpada en torno a la cancha, se quedó atónita. Ni siquiera acertaban a saber por qué no salían vestidos de "toreadores". Y de pronto, enloquecidamente, como si se pelearan con todo un mundo, los once hombres españoles clavaron en la historia del fútbol el furioso espectáculo de sus victorias. ¡Han sido

pectáculo del fútbol español, surge inevitablemente la permanente discusión sobre su encuadramiento en un esquema rígido del deporte. En el resurgimiento olímpico de Europa—en los mismos umbrales del de las nuevas olimpiadas—se discute si el fútbol ha de considerarse como una expresión deportiva. Con grandes reservas, que más tarde habríamos de sufrir los españoles, el fútbol fué admitido. Y, sin embargo... Sin embargo, a nosotros todo lo que salga de las cinco pruebas clásicas

LOS CUATRO PARTIDOS INTERNACIONALES DE ESTA TEMPORADA

Impresiones de un espectador

Por MANUEL FERNANDEZ CUESTA



El gol de España marcado por Campos a los tres minutos de juego

ESPAÑA-SUIZA

EN el calendario internacional para la presente temporada le correspondió a España cuatro fechas: La del 28 de diciembre del pasado año, 14 de marzo y 12 y 19 de abril de 1942. Sus adversarios, por orden cronológico, fueron: Suiza, Francia, Alemania e Italia. Y los campos que sirvieron de escenario a estos acontecimientos: el de Mestalla, en Valencia; Nervión, en Sevilla; Estadio Olímpico, en Berlín, y San Siro, en Milán. Testigo de los cuatro encuentros, traigo a estas páginas el recuerdo, que aun conservo vivo en mi memoria de aquellas jornadas emocionantes, en las que se ponía en juego, no sólo el noble deseo de vencer, sino el más alto nombre de España en la pugna balompédica. Por esto, los nervios del espectador español se mantienen en tensión durante la hora y media, late el corazón con más fuerza, y hasta pasado mucho tiempo es muy difícil recomponer en la pantalla de la memoria las incidencias de la contienda. Cuesta mucho trabajo permanecer tranquilo sentado en la tribuna, mientras nuestros once hombres van y vienen detrás del balón, seguramente sin darse cuenta de la trascendencia de la liza, seguida con extraordinario interés, no sólo por el público presencial de la partida, sino por la Nación entera, que tiene que conformarse con "ver" el encuentro a través de la radio. De aquí su importancia, porque si ya es emocionante seguir minuto a minuto el juego por la física visión de los hechos, qué no será cuando éstos se desarrollan llevados por las ondas al aparato receptor. Como digo, fué el primer partido internacional, contra la selección helvética en Valencia, en una tarde de sol, caliente y español, en el campo de Mestalla. Nuestro equipo estaba integrado por Martorell, Teruel, Oceja, Raich, Germán, Machin, Epi, Herrerita, Mundo, Campos y Gorostiza, y el suizo por Ballabio, Minelli, Lehman, Fornara, Andreoli, Richenbach, Weber, Aebi, Bichel, Amado y Kepemberger. El árbitro, el portugués Carlos Canuto, y los autores de los goles, por España, Campos y Mundo—el baracaldés marcó dos—, y Kepemberger y Weber por los contrarios. Victoria española por tres a dos, que pudo ser aún mayor, ya que el último tanto suizo fué logrado cuando faltaban tres minutos para terminar, e inmediatamente después en que Oceja—valladar en el que se estrechaba la delantera enemiga—se retiró, lesionado, del campo.

Empezó el partido con un ligero tanteo de fuerzas por ambas partes, y bien pronto—no llevábamos más de cinco minutos—Campos, al recoger un templado centro de Epi, batió de un certero tiro por bajo al atlético canchero suizo. Vibró Mestalla de entusiasmo y bien creí que, alentados por nuestros vivas, el equipo español se iba a lanzar pujante al ataque. No fué así. Nuestros jugadores decayeron, seguramente por el mal servicio de la línea media, excesivamente retrasada, que permitía que la vanguardia helvética se moviera a placer, teniendo necesidad Martorell de emplearse a fondo en tres jugadas de enorme peligro creadas por la técnica suiza, sin freno enemigo. No fué sólo el meta

nacional quien se "jugó el tipo" en aquellas angustiosas ocasiones, fueron Teruel y Oceja los que igualmente llevados por su ímpetu y su velocidad cubrían el área de las "tragedias". Y siguió el juego. Mundo era, quizás, el elemento español más estrechamente vigilado. Su fama de goleador y su característico empuje, de sobra conocidos por Rouff, el entrenador de la selección suiza. La consigna y el plan premeditado se llevaba a cabo al pie de la letra. No aprovechó el centro delantero del Valencia esto, que podía facilitar la labor de sus interiores, pero tanto a Herrerita como a Campos, no les llegaba el balón fácilmente, porque retrasado nuestro trío intermedio, tenía que existir por fuerza una extensa zona en la que el juego suizo se desarrollaba con excesiva facilidad. Y así llegó el tanto del empate, fruto de un pase de Bichel, el eje de la delantera helvética, a Kapemberger, el extremo izquierdo, que—colocado, a nuestro juicio, fuera de juego—no tuvo más que empujar la pelota para traspasar el límite de Martorell bajo la casilla española. Con esta igualada terminó la primera parte. No he de decir—demasiado lo comprenderá el lector—nuestra emoción al empezar el segundo tiempo. Este dió comienzo con un resurgir "furioso" de España. Veinte minutos como en aquellos tiempos! que nos dieron fama y prestigio internacional. Veinte minutos en los que sólo hubo un equipo: el nuestro, que, incansable, con ansia de superación, mandaba en el rectángulo sin que nadie pudiera contenerle. Fué Mundo—empuje viril, netamente hispano—quien rompió el empate al convertir en gol un balón cedido por Campos. Ahora España, sus hombres representativos, formaban un bloque compacto lleno de ligazón en el que mas que el juego—de evidente clase—era el alma, el deseo triunfal, lo que nos llevaba a la victoria. Y otra vez Mundo volvió a marcar. Recuerdo perfectamente el gol. ¡Qué maravilla de ejecución y de bravura! De espalda al marco, rodeado de enemigos, más aún, aprisionado por ellos, el de Baracaldo, no sé cómo, logró deshacerse de la humana barrera que le aprisionaba para conseguir, al fin, meter el pie cuando ya Ballabio había salido y el pelotón traspasó la línea fácilmente para "morir" en el fondo de la red. ¡Un gol de aquéllos, inolvidable y auténticamente español!

El encuentro estaba decidido. Martorell, ligeramente lesionado, dejó la defensa del marco. Salí Acuña. Oceja igualmente fué que abandonó la lucha por la misma razón, bajando Gorostiza a cubrir su puesto. Faltaban pocos minutos. La gente empezaba a desfilar. Todos dábamos por descontado que no habría variaciones en el marcador, pero... Fornara, el medio derecha suizo, al lanzar un golpe franco desde cerca del área, dió lugar a que Weber pudiese disparar solo ante nuestro guardameta, disminuyendo así en un tanto la victoria española. Fué una pena. El gol del "agua fría", el que nadie esperaba. El que entibió el calor del triunfo.

ESPAÑA-FRANCIA

En Sevilla, el 15 de marzo, y hacia el número siete de los partidos jugados entre los dos países. Hasta esta fecha, la "estadística" arrojaba cinco victorias

españolas por una francesa, con un tanteo de veintidós goles contra tres. Nuestra superioridad era manifiesta. Correspondió el triunfo otra vez a nuestros colores. Neta e indiscutible victoria la de Nervión; en una hora y media de absoluto dominio, sin un instante de peligro. Formaban la selección hispana: Martorell, Teruel, Oceja, Gabilondo, Germán, Mateo, Epi, Alonso, Mundo, Campos y Bravo. En relación con el partido frente a Suiza tres hombres vestían por primera vez la camiseta internacional: Mateo, del Sevilla; Alonso, del Madrid, y Bravo, del Barcelona. Por Francia: Darrui, Van Dooren, Bourbbote, Jorchú, Mercier, Aston, Simonyi, Korny, Dupuis y Ormardeau.

Decimos que no hubo lucha, y nunca mejor empleada la palabra. El conjunto galo salió al campo con la mejor voluntad, pero considerándose vencido de antemano. Nuestro conjunto no tuvo que emplearse mucho para llevar siempre la iniciativa y le bastaron cuatro momentos de inspiración para conseguir la clara victoria con la que terminó el partido. En el bando contrario, la excelente actuación de Darrui, el portero francés, evitó una derrota más amplia para su equipo, y fué el pequeño guardameta la figura destacada de la selección gala y el único jugador del equipo, que ahora, al correr del tiempo, ha quedado grabado en el recuerdo. Cuatro tantos marcó España. Campos inauguró la serie a los tres minutos. Mundo, a los treinta y ocho logró el segundo, de un disparo fortísimo, que el pequeño Darrui apenas vió. Nuevamente nuestro interior izquierdo perforó el marco francés, a los veinte minutos del segundo tiempo, para terminar Epi consiguiendo el cuarto tanto, en una jugada espectacular, personal y emocionante. Encuentro sin historia y sin más color que el del triunfo español. Poco juego de nuestro lado, realmente porque no hacía falta más. Arbitró el portugués Palhinhas, sin dificultades, ya que la contienda, desde luego, no las tuvo. La dirección, por tanto, era relativamente fácil.

ALEMANIA-ESPAÑA

12 de abril en el Estadio Olímpico de Berlín. Expectación inusitada. Cien mil espectadores en el campo. La División Azul, con sus gritos de ánimo, enardecían a nuestros jugadores. Los productores españoles, formando un compacto grupo, apretado y vibrante, eran también constante estímulo para nuestro juego. Curioso detalle: la evidente minoría de españoles en el campo, pongamos mil quinientos, dos mil, gritaban más que todo el resto de público alemán que presenciaba la contienda. Sólo nuestras voces, nuestros gritos animadores, nuestras canciones populares, era lo que se oía en el gran Estadio berlinés. Estamos por decir que el 90 por 100 del empate, que representó una victoria moral dada la extraordinaria calidad del equipo germano, se debió a ello. Dirigió la contienda el colegiado italiano Barlasina, y nuestro equipo tuvo la siguiente composición: Martorell; Teruel, Juan Ramón; Gabilondo, Germán Mateo; Epi, Alonso (Arancelbía), Mundo (Martín), Campos y Emilin. El conjunto alemán estaba integrado por Janes; Jahn, Miller; Dureck, Sing, Kohde; Kitzinger, Doerfel, Walter, Conen y Decker. No tuvimos suerte. Las más claras oportunidades de marcar estuvieron de nuestra parte. Dos jugadas de Martín frente al marco alemán, y otra de Cam-

pos, se fallaron inverosímilmente. Por el lado contrario, el gol alemán—formidable tiro de Decker—llegó a la red española entre Mateo, Germán y Juan Ramón, replegados, sin que Martorell pudiera ver la trayectoria del balón. Mala suerte la nuestra y fortuna evidente para Alemania. El empate a uno, que, repetimos, pudo convertirse, sin la intervención de la adversidad, en una victoria, representó un triunfo. El equipo germano era el de mejor clase con el que España se había enfrentado desde su nueva etapa internacional. La gran Alemania presentó un extraordinario conjunto en el que, como siempre, la técnica era su base principal. Ante ella no podía oponer otra cosa que la velocidad. Y jugamos con toda la rapidez del fútbol español. Fué este encuentro de medios y terceto defensivo. Flojeó el ataque, todo él muy marcado, excelentemente marcado por los contrarios. La vanguardia española no ligó jugadas, pero puso nervio, rapidez y profundidad las raras veces que arrancó hasta la puerta de Janes. El gol de España lo consiguió Campos al transformar el penalty con que Barlasina castigó, sin dudar, una mano de Miller cuando el balón, impulsado por Emilin, traspasaba ya el marco. Y después del empate, la juventud inexperta de nuestro equipo rebotó la impaciencia española con un juego alegre, al ataque, arriesgándolo todo, sin miedo, enfrascados en el ardor de una pugna en la que, en los últimos diez minutos, nos lo jugamos todo al azar. Esta vez nos protegió la Fortuna.

ITALIA-ESPAÑA

Y llegamos al último encuentro internacional de la temporada. El de San Siro, en Milán. El 19 de abril. No hace un mes todavía. Por España, Martorell; Teruel, Juan Ramón; Gabilondo, Germán, Mateo; Epi, Alonso, Martín, Campos y Emilin. Por Italia, Griañanti; Foni, Ravva; Depetrini, Andreoli, Campatelli; Bivatti, Loich, Piola, Mazzola y Ferrari II. Arbitró el partido el alemán doctor Bauwens. Desde el primer momento se unió la gran preparación física del conjunto italiano, su extraordinaria y desconcertante velocidad y su juego, en fin. Era evidentemente superior, sin género de dudas, el adversario con quien tenía que luchar España. De punta a punta, en conjunto, por líneas y por figuras su mejor clase se evidenció tan pronto fué puesto el balón en juego. Logramos frenar en la primera parte la avalancha contraria, frescos aún nuestros jugadores, consiguiendo ver terminado este primer tiempo con un empate a cero. Esperábamos que los italianos, después de aquel endiablado "tren", cedieran en velocidad. Pero no fué así. Más rápidos aún si cabe, jugaron la continuación. Y al minuto, marcaban su primer tanto. Su autor fué Mazzola, de un tiro fulminante. No habían transcurrido tres minutos de esto cuando Ferraris II conseguía el segundo gol, que Bauwens dió por válido, a nuestro juicio en un clarísimo fuera de juego. Cuarenta minutos de contienda sin variaciones en el marcador. Concebíamos la esperanza de una honrosa derrota por dos a cero. Sin embargo, faltando cinco minutos para concluir, se produjeron dos tantos más en contra. El tercero, de Piola, conseguido al desbordar con los codos a Gabilondo y encontrarse solo frente a frente con Martorell, y el cuarto, por Loich, aprovechando el descuido del enemigo.



Piola y Gabilondo, capitanes de las selecciones de Italia y de España, cambian el tradicional apretón de manos

LOS CLUBS Y EL FUTBOL ESPANOL DESPUES DE LA LIBERACION

Por EDUARDO TEUS

LA FINAL DE BARCELONA

ES ya apenas un recuerdo. Todavía España tenía en carne viva su tremenda guerra y no nos acostumbrábamos a la idea de que había terminado. Los soldados de Franco sentían ya la Victoria total segura cuando, en una sensación anticipada de normalidad, volvió el fútbol a querer recuperar en seguida su sitio. Así se montó la primera Copa del Generalísimo, que había de ganarla el Sevilla. Competición rápida con ningún equipo realmente en juego, y en la que participaron algunos conjuntos militares. Desde Tánger fui a Barcelona para presenciar aquella final, que se me antojaba desigual, entre el cuadro potente del Sevilla, con varias figuras de calidad, y el conjunto del Racing del Ferrol del Caudillo, sólo con su entusiasmo y empuje, como principales cualidades de su fútbol. Se llenó el magnífico estadio de Montjuich. Tarde luminosa en la que todos nos sentíamos alegres porque teníamos la paz, conquistada con la completa derrota del enemigo. Como nos figurábamos, no hubo lucha. El Sevilla, muy superior en ese momento a los equipos que apresuradamente habían rebuscado hasta dar con once jugadores, exhibió la filigrana de su ágil estilo, y triunfó por amplio margen. Le va al juego andaluz el terreno ancho y largo. En él es más fácil el quiebro, y no resulta difícil burlar la violenta acometida del contrario. El Sevilla—permítasenos con todos los respetos la imagen—lidió y echó fuera brillantemente la acometedora corrida que tuvo enfrente. En el fútbol no todo se reduce a la furia. Queremos encerrar en ese tópico, porque una vez en Amberes el rudo Belauste se llevó por delante, en un partido internacional, a unos cuantos jugadores suecos, nos parece demasiada tontería. Coraje, brío y entusiasmo siempre deben exigirse a los jugadores, pero tampoco debemos olvidar que acompañados de un dominio del juego, sin el cual de nada sirve la inmensa y furiosa voluntad de vencer.

Aquella final de la Copa del Generalísimo, que sustituía a la Copa de España, fué el primer paso en la áspera etapa de recuperación del fútbol español, donde milagrosamente se ha recuperado mucho de lo perdido, pero donde aún queda bastante que recorrer para volver a ser lo que fuimos: Tarde aquella en Barcelona de alegre victoria andaluza con ráfagas de su estilo jaranero y a veces profundamente práctico, siempre con su peculiar alternativa del antibajo. Porque en esa misma temporada la selección de Sevilla derrotaba por 5 a 1 al fútbol portugués, orgulloso de su actuación en el Campeonato del Mundo, para caer estrepitosamente unas pocas semanas después en la jornada catastrófica de Lisboa del 9 a 2.

ETAPA DEL ATLETICO AVIACION

En ese verano del 39 se decidió la suerte del Athletic madrileño. Su situación era angustiosa. Cargado de deudas, sin jugadores y desanimados los hombres que lo habían salvado tantas veces. Estaba caído en la Segunda División, y el esfuerzo para levantarse tenía que ser mayor. Por entonces, el trío que dió vida al equipo de Aviación del último año de guerra trataba afanosamente de que no desapareciera, como otros conjuntos militares. Habían reunido un buen cuadro. Algunas figuras hechas, como el santanderino Germán y el gallego Blanco, junto a los nuevos valores Vázquez, Machín, Campos y Aparicio. Trató el terceto del coronel Abella y los tenientes Salamanca y Fer-

nández González, al que se unió el preparador Ricardo Zamora, de que el grupo persistiera, sin perder su carácter militar. Sería un equipo exclusivamente de Aviación, dentro de la organización del fútbol español, pero con la ambición de jugar desde el primer momento en las categorías superiores. Les cerró el paso lo estatuido. No era posible. Había que empezar desde muy abajo. Entonces se pensó en fusionarse con el Nacional madrileño. Tampoco resultó, cuando ya parecía todo arreglado. Se volvieron los ojos, para bien del fútbol castellano, hacia el viejo Athletic. Y nació el Atlético Aviación. Salvo la prueba difícil del encuentro de Mestalla, en el cara y cruz del partido único con el Osasuna, que lo llevó otra vez a la Primera División. Hondo respiro de alivio. Lo más difícil estaba conseguido. Desenvolverse en la Primera Liga.

Apuntalado el cuadro militar—ya de gran calidad—con algunos buenos elementos del antiguo Athletic, se desenvolvió triunfalmente desde el primer momento el nuevo equipo bajo la experta dirección de Zamora. Es historia de ahora, y no hay por qué puntualizar mucho sobre hechos conocidos. Conquistó la Liga en 1940, un poco por sorpresa. Porque muchos no creían en él y no tomaron fuertes precauciones. A pulso en 1941, en una lucha final titánica con el impetu joven del Atlético bilbaíno, que batalló a fondo hasta la última jornada. Y no pudo en esta temporada alcanzar lo nunca realizado todavía por Club español: las tres victorias consecutivas en la Liga. La conquista definitiva del más valioso trofeo del fútbol de España.

Mientras contó con Mesa el Atlético Aviación, apoyado en el juego recio y duro del gran defensa canario, que apuntalaba la inexperiencia del vigoroso Aparicio, nada le importó entregarse de lleno a ese juego alegre y vistoso de sus tres medios, siempre lanzados al ataque, sin preocuparse poco ni mucho de cerrar sus líneas. Todo el engranaje del equipo madrileño arranca del fútbol ligado de los tres medios, apoyándose unos en otros hacia el centro, en torno a Germán, y de dos anteriores que se retrasan para facilitarles el pase a sus medios. Quedaba sobre los defensas la tarea de abrirse a los extremos contrarios, cerrándoles el camino del mar-

co con la fortaleza de sus acometidas. Todo un sistema basado más que nada en el ataque. Sistema que tuvo dos temporadas un excelente realizador en el centro de la línea delantera: el salmantino Pruden. Ese sustituto que no acaba de encontrar el Atlético Aviación, aunque ahora se dibuja la esperanza del madrileño Mariano Uceda.

EL MOMENTO DEL VALENCIA

La etapa del Atlético Aviación, con sus dos Campeonatos de Liga, señala la época de reorganización de la mayoría de los Clubs. Todos van perfilando sus equipos. La temporada de 1939 a 1940 se desarrolla en un plan de modestia económica. No hay apenas traspasos, y los jugadores vienen a los Clubs sin cobrar la mayoría nada por sus firmas estampadas al pie de las fichas. Pero los públicos llenan los campos. Apasiona el fútbol como nunca. Afluye el dinero a las cajas de los Clubs, y el Valencia, en la temporada siguiente, con audacia que recuerda el gesto aquel de las cien mil pesetas pagadas por el Madrid adquiriendo a Zamora en la cúspide de su fama, se lanza a los grandes traspasos. Retiene a Mundo, a Iturraspe y a Juan Ramón, como arquitectura de su equipo y paga muchos miles de pesetas por Gorostiza y Epi. Pone cerco al donostiarra Eizaguirre. Organiza su conjunto con una pareja de defensas enérgicos como Alvaro y Juan Ramón. Luego, tres medios batalladores, encuadrados en el estilo sobrio, seco y agrio y positivo de Iturraspe. Delante, un ataque con dos interiores oscuros, pero efectivos, obligados a bregar incansablemente en un ir y venir incesante. Es la manera de sacar rendimiento a la clase de Epi, de Gorostiza y de Mundo, siempre muy avanzados. Los tres terriblemente rematadores, dando profundidad y peligro a la línea con su facilidad para marcar goles. El secreto del éxito en el fútbol.

Para clasificarse en la Copa Ibérica, que no llega a jugarse, el Valencia realiza en 1941 una formidable segunda vuelta en la Liga. Mantiene su forma en la Copa, y se la lleva en la final de Chamartín. Vence clara y rotundamente al Español, ganador el año anterior del trofeo, venciendo al Madrid. Derrotó el Valencia en Chamartín al Español, con un fút-

bol áspero y bronco, esencialmente práctico, que muchos no apreciaron. Contrastó su estilo con el suave, florido y científico de los catalanes. Pero la merecida victoria fué valenciana. Entonces se dijo que esa forma de jugar sólo podía servir para la Copa. Gran error. El Valencia ha demostrado esta temporada, conquistando la Liga, que su entrenador Encinas está en lo cierto cuando obliga a sus medios alas a que vigilen estrechamente a los extremos, y consigue desmarcar a los suyos con ese juego tenaz de los interiores retrasados. Equipo en magnífica forma física con sus reclusiones en Buñol, que lo vivifican, el Valencia es el gran animador actual de nuestro fútbol.

Con una segunda vuelta espléndida, que arranca con una derrota en Mestalla por el "penalty" que convirtió Machín y dejó escapar Mundo—derrota que dió un instante la sensación de ser el título para el Atlético Aviación—, el equipo valenciano conquistó por amplio margen de puntos la Liga, y tiene ahora en estos momentos en su poder los dos trofeos: campeón de Liga y campeón de Copa. Y a su alcance el renovarlos, porque sus hombres siguen en juego.

Con una mezcla feliz de vascos y valencianos, y hasta de un gallego, en el cálido clima mediterráneo, el Valencia ha desplazado—como antes el Atlético Aviación—a los grandes Clubs históricos—la famosa trilogía del Madrid, Barcelona y Athletic bilbaíno—, para ocupar sus sitios. Campeón de Liga y de Copa. Mientras tanto, el fútbol español sigue luchando por recobrar su puesto. Le faltan jugadores de clase y experiencia. Acabará por tener las dos cosas. Es cuestión de tiempo. Y perfeccionará su técnica, asimilando la lección de que en el fútbol hay que jugar pendientes defensas y medios de marcar estrechamente al contrario y atentos los delanteros a desmarcarse. Por ahora juegan muchos Clubs y muchos jugadores a lo que salga—el Valencia es una excepción—, fiados en nuestra gran velocidad y facilidad de remate. Pero el fútbol, aunque algunos no lo crean, tiene su técnica, y esa no acaba de entrarnos. Aunque no debemos desconfiar de que llegará el día en que la tendremos al servicio de las magníficas cualidades de nuestros jugadores. Y entonces...



Visión gigantesca del fútbol moderno. Se trata del Estadio Olímpico de Berlín. Y del llenazo de 100.000 espectadores registrado cuando, en abril de este año, España empató a un tanto con el equipo alemán, que presenció en su ataque un fútbol maravilloso por su velocidad y por su trabazón.

BREVE HISTORIA DEL FUTBOL ESPAÑOL

Por JOSE M. MATEOS

COMO el lugar del nacimiento de Cristóbal Colón, se disputan varias ciudades españolas el de ser la primera población en que se jugó al fútbol, lo que es difícil de determinar, por no existir documentos probatorios muy convincentes, ya que la Prensa de entonces poco se preocupó de consignar la celebración de partido alguno, que, a buen seguro, si tuvo efecto, fué contra la tripulación de tal o cual barco extranjero.

Sin embargo, ya tenemos testimonios de que al comenzar el siglo se practicaba en Galicia, Vascongadas, Cataluña, Andalucía y Castilla. En 1902 se celebraba el primer campeonato de España, en el que logró el título nacional el equipo llamado Vizcaya, del que formaban parte los jugadores de los Clubs bilbaínos, casi exclusivamente del Athletic, que después había de conquistar con tal nombre el segundo campeonato.

Fué el sucesor en ese máximo galardón el Madrid, que lo logró en cuatro campeonatos consecutivos, obteniéndolo a continuación la Ciclista de San Sebastián, predecesora de la actual Real Sociedad.

Hasta entonces regía los destinos del fútbol, que tenía pocas manifestaciones más que los campeonatos nacionales, una a modo de Federación que se constituía circunstancialmente cuando se verificaba el torneo. Se le quiso dar a la Federación Española carácter de estabilidad, y así se fundó, en octubre de 1909; pero muy pronto, a cuenta de la población en que debía celebrarse el campeonato, se produjeron discrepancias, y al siguiente año, mientras el Athletic de Bilbao era campeón en San Sebastián, el Barcelona lo era en Madrid.

Se logró pocos meses después la armonía, que tuvo escasa duración, porque en el campeonato de 1911, celebrado en Bilbao, el de mayor concurrencia de equipos en aquellos años, hubo tales disensiones que la escisión fué el fruto natural de ello, formándose a la siguiente temporada, frente a la Federación, otra entidad titulada Unión.

Todas estas discrepancias en nada favorecían al desarrollo del deporte, hasta que en 1913 se consiguió, con buena voluntad y magnífica habilidad, que se crease, de un modo definitivo, la Federación Española, que, desde entonces, subsiste. E inmediatamente brotaron diferentes Federaciones regionales (sólo alguna aislada existía con anterioridad) que fueron la base que dió vida a la entidad nacional.

Entonces se modificó la forma de jugarse los campeonatos, pues eran todos los partidos en la misma ciudad, en el término de breves días, y se inició la lucha entre campeones regionales, hasta llegar a las modalidades presentes.

El vencedor en la Copa de España era el que ostentaba el título de campeón. Dicha Copa, desde su implantación, fué ganada trece veces por el Athletic de Bilbao, ocho por el Barcelona, siete por el Madrid, tres por el Real Unión de Irún y una por el Vizcaya, Arenas, Ciclista de San Sebastián, Racing de Irún, Español de Barcelona y Sevilla. Copa que hoy es del Generalísimo, y que la han ganado sucesivamente el Sevilla, el Español y el Valencia.

Aquel primer campeonato que en el Hipódromo de Madrid, en mayo de 1902, sólo reunía al Madrid, Vizcaya, Barcelona y Español de Barcelona, ha llegado al grado de espléndido desenvolvimiento que hace participar en él a equipos de casi todas las provincias de España.

Pero volviendo al momento en que entra en vida la Federación Española actual, constantemente mejorada, hay que reconocer que nuestro fútbol era producido exclusivamente del entusiasmo y de la inteligencia de los jugadores, alguno de los cuales lo habían aprendido en el extranjero, pero la inmensa mayoría lo pro-

ducía instintivamente, que se puede decir eran hábiles futbolistas de nacimiento. El contacto con buenos equipos capacitados no existía. Unicamente, cuando se constituyó la Unión, habían jugado un partido contra Francia. Y los equipos de los Clubs no alejados de la frontera se habían medido, y no sin éxito, con equipos del sur de Francia, que más podían aprender de los nuestros que enseñarles.

Entonces se inicia la visita de equipos ingleses y del centro de Europa, de indudable calidad, que fueron produciendo la perfección deseada. En los equipos españoles se aprecia la mejora como consecuencia de ese contacto.

El bautismo internacional llegó con los Juegos Olímpicos de Amberes, en 1920. Acude España un poco a probar fortuna. Nuestros jugadores, desconocidos, no son tomados en serio, hasta que se inicia la "repecha", aunque antes habían vencido a Dinamarca. Allí asombran con su "furia", venciendo, en arranque soberbio, a suecos e italianos, y proclamándose vencedores de la "repecha" al triunfar en la

en Amsterdam. Es el momento en que ha nacido en España oficialmente el profesionalismo. Se duda sobre si retrasar su implantación para poder enviar todos los jugadores de calidad a los Juegos. Pero al fin se decide que sólo vayan los considerados como aficionados. Con ello se produce una importante merma en el equipo, sin que otros países tuviesen la misma preocupación, y tras de vencer claramente a Méjico, se empata con Italia. Al resolverse la igualada nos eliminan los italianos con una severa derrota.

Vuelta a empezar, pero ya se logra una rehabilitación en regla. Tras estrepitosas victorias sobre Portugal y Francia, se alcanza uno de los triunfos más sonados: derrotar a Inglaterra.

Es el momento culminante. Sigue el doble partido con los checos, victoria y derrota, y a ello otro triunfo de calidad: se vence a Italia en su propio campo de Bolonia, si bien ésta, con el potente equipo, que era sucesor auténtico del "Wunder-team", obtiene más tarde un empate en San Mamés.



Epoca actual.—Momento de lanzar Campos el "penalty" que le valió a España su empate contra Alemania en el partido celebrado el día 12 de abril en el Estadio Olímpico de Berlín

final sobre Holanda. Entonces ya se toma en serio a España. Se reconoce que nuestro fútbol, carente de esa técnica de que otros alardean, tiene características que se imponen y dan victorias, que es lo que todos buscan.

La carrera internacional se inicia con el partido que en octubre de 1921 se celebra en San Mamés, donde es derrotada Bélgica, campeón del mundo.

Sigue la buena estrella, y hasta los siguientes Juegos, de los siete partidos celebrados contra Portugal, Francia, Bélgica e Italia, se registran cinco victorias, un empate en Milán y sólo se pierde, por uno a cero, contra Bélgica, en Amberes. Y, como dicen quienes quieren consolarse, ese gol fué de penalty.

Los Juegos Olímpicos de París, en 1924, no nos resultaron favorables. En el primer partido nos eliminó Italia con aquel imparable gol que en nuestra propia meta marcara Vallana.

Pronto nos resarcimos de ese disgusto. Diez partidos internacionales consecutivos nos dan el triunfo con enemigos de tanta calidad como Austria, Portugal, Suiza, Italia, Hungría y Francia, y con la particularidad, y como nota bien significativa, que algunos de ellos fueron en Lisboa, Berna, Viena, Budapest y París.

Perdemos con Italia en Bolonia, en aquel partido a que se llegó desmedrados por la necesidad de imponer la disciplina, quebrantada por un mal entendido egoísmo, y después vienen empates con Portugal y con Italia, éste en Gijón.

Llegan los Juegos Olímpicos de 1928,

Llegamos al más serio fracaso, al sufrido en Londres, si bien en buena parte lavado aquella misma semana con el resonante triunfo de Dublín.

Una victoria mínima sobre Yugoslavia aquí, un empate allí, se gana ampliamente a Portugal, se pierde con Francia en París por un dudoso gol y por única vez contra los galos, se bate, con trece tantos, a Bulgaria.

España, que por dificultades de desplazamiento no había acudido a la Copa del Mundo en Montevideo, participa en la organizada por Italia para 1934. En las eliminatorias previas se clasifica, venciendo a Portugal en sus dos partidos. Ya en Italia, después de eliminar a Brasil, se encuentra con la "squadra azzurra". El magnífico equipo español empató después de dos prórrogas, y al repetirse al siguiente día el partido, a pesar de no pocas adversidades, entre ellas el quedarse con diez jugadores en su comienzo, sólo es vencido por un tanto. España pudo ser en aquel momento campeón del mundo, conquista que bien merecía.

Nuevamente se vence a Francia, y se empata inesperadamente con Portugal.

Otra victoria española notable fué la lograda contra Alemania en Colonia; pero la sucedió un amargor que nunca habíamos sentido. Nunca se había vencido en terreno español al equipo de España. Alemania y Austria lo consiguieron sucesivamente. Se pierde, en Praga, contra los checos, y se remata la campaña internacional con una clara victoria sobre los suizos, en Berna.

Ausente España de los Juegos Olímpicos de Berlín y de la Copa del Mundo en París a causa de nuestra guerra, nuestra reincorporación a la lucha internacional es muy reciente y sobradamente conocida para que necesite de resumen.

Son, en la historia del fútbol español, esas luchas con los equipos de otros países su parte más importante, pero no puede faltar el aspecto interior, ya reflejado en lo que a la Copa se refiere, y que debemos mencionar en lo que respecta a la Liga, de donde sale ahora el título de campeón.

Aunque la Federación Española, tan zarandeada en los primeros años, fué después conservada, pero también discutida, dentro de ella no faltaron discordias, y fué la más sonada la que, en el año 1927, se produjo con el pleito de maximalistas y minimalistas a cuenta de cómo se podía llevar a cabo el proyecto de constitución de una Liga.

Hubo serias diferencias que hicieron imposible la realización del proyecto, constituyéndose la titulada Unión de Clubs dentro de la Federación, a base de quienes habían sido campeones de España, que celebraron el Torneo de Campeones, mientras otros Clubs se agrupaban en otro torneo.

Felizmente, para la siguiente temporada —la de 1928-29— se produjo el acuerdo, y entonces comenzó la Liga, cuya Primera División fué de diez Clubs, hasta 1933, en que se amplió a doce, fijándose en catorce Clubs en la última temporada.

La Segunda División nació con dos categorías, quedando al siguiente año en una sola, hasta 1934, en que se fraccionó en varios grupos, y así continúa. La Tercera División pocas veces ha tenido el puro y verdadero carácter de tal.

La Liga ha ido transformándose, quedando en la actualidad en la Primera División sólo la mitad de los Clubs que la iniciaron, y con peligro uno de ellos, el Barcelona, habiendo sufrido alternativas de descenso y ascenso el hoy Atlético Aviación, y sólo con permanencia constante el Madrid, el Atlético de Bilbao y el Español. La integraron también entonces, y han ido descendiendo, la Real Sociedad, que logró volver a ella, para caer este año de nuevo; el Arenas, el Europa, el Real Unión de Irún y el Santander.

Posteriormente ascendieron el Valencia, el Oviedo, el Sevilla, el Celta, el Deportivo de La Coruña y el Castellón, que permanecen en ella; el Alavés y el Osasuna, que no han conseguido aún volver; el Alicante, que acaba de perder su categoría; el Betis, que tras ser campeón, fué eliminado, para conseguir hace unas semanas la vuelta a la Primera, como lo ha conseguido el Zaragoza, con sólo una temporada de descenso, y el Murcia, que disfrutó un año de la Primera, ha tenido otro descendido, y en estos momentos espera con ansia lo que dirá la promoción.

Y no deja de ser curioso consignar que mientras la Copa de España ha debido ser renovada varias veces, por conquistarla en propiedad un equipo, prueba de la marcada y continuada superioridad de él, el trofeo de la Liga aun no ha tenido propietario definitivo, pues cuatro años lo ha ganado el Atlético de Bilbao, sin lograr que tres fueran consecutivos; dos el Madrid y dos el Atlético Aviación, y uno el Barcelona, el Betis y el Valencia. Lo que parece indicar que de aquellos tiempos, relativamente primeros, en que la superioridad del fútbol se manifestaba netamente en una zona, hemos llegado a estos modernos en que la potencia se halla claramente distribuida. Y también que es más fácil conservar la superioridad en una competición rápida, de eliminación de contrarios, que en otra en que se someten a prueba todos los valores de un Club, en lucha con los más diversos adversarios.

COMO SE HACEN LOS JUGADORES

Por RICARDO ZAMORA

He aquí el gran problema: hacer un jugador. Es fácil entrenarlos, relativamente fácil prepararlos, que no es lo mismo. Es mucho más difícil hacerlos, en el sentido material de la palabra. Para ello es necesario poseer una serie variadísima de cualidades. Y siempre ha de ser la primera la de ser un veterano del fútbol. Si se ha tenido gran categoría, mejor. Pero, por encima de todo, es necesario poseer lo que es don pedagógico y didáctico: ser un gran psicólogo. Ricardo Zamora, que después de haber llegado al cénit de la fama en fútbol, hasta ser considerado como el mejor portero, no sólo de Europa, sino del mundo, hizo sus armas de entrenador preparando al equipo del Atlético Aviación. Probó, en su salida al campo difícil de los entrenadores, que, a su experiencia como gran jugador, podía unir también un gran dominio de este difícil arte de hacer jugadores. Y Ricardo Zamora escribe para nuestros lectores sobre el tema. Dice así el que fué tan gran figura en el fútbol actuante...



Se me pide, para el suplemento dedicado al fútbol español por el diario ARRIBA, mi opinión sobre cómo se hacen los jugadores. No es de fácil desarrollo la contestación, máxime teniendo en cuenta que cada uno tendrá formado su juicio sobre el caso, según su visión del deporte que nos ocupa. Yo tengo la mía y he de procurar satisfacer a los deseos de ARRIBA, a pesar de reconocer que es más fácil para mí el hacerlo sobre el terreno y sobre un equipo, que teóricamente sobre el papel.

Yo parto de la base de que el jugador más bien nace que se hace. Es decir, que el individuo, conforme va desarrollándose físicamente, ve cómo van en aumento progresivo sus aficiones al balón. Pero unas veces mueren estas aficiones ante las dificultades que surgen al no poder dedicarse por entero a su cultivo, y otras mantiene su continuidad con la esperanza de llegar a ser algo en el fútbol.

No todos los que se dedican en su juventud a este juego llegan a ser en él figuras destacadas. Y con ello no hace más que confirmarse lo anteriormente señalado. Para adquirir un nombre, para despuntar entre tantos aficionados, es necesario poseer unas condiciones naturales que no todos los jugadores poseen. Si analizamos, en general, los casos más destacados, las figuras de nuestros grandes jugadores, podremos observar que, a mayor inteligencia natural, mejor rendimiento han conseguido. Por ello entiendo que una de las características más necesarias para llegar a ser jugador de clase, es la de poseer una inteligencia que le permita asimilar rápidamente cuantas indicaciones se le hagan. Con ello facilitará la labor del preparador; entiendo que estas indicaciones son justas al haberlas previsto el mismo entrenador.

La segunda condición es la de contar con una buena constitución física. No se trata, en este caso, de la fortaleza. Se trata de que el cuerpo del futbolista sea ágil, de músculo elástico y de que sus pulmones puedan ser sometidos, resistiéndolos sin daño, a esfuerzos agotadores. Sobre un cuerpo bien dotado puede trabajar el entrenador con esperanzas prometedoras del mejor fruto. Sobre otro jugador endeble y defectuoso de constitución, cuanto se haga puede ser inútil y a veces perjudicial.

Hay otra condición esencial que pudiéramos ligarla a la primera, a la de la inteligencia. Pero no es la misma. Nos referimos a la rapidez de reflejos. Se puede ser inteligente, pero tardío en la resolución. Nace de ahí un gran perjuicio para el futbolista, que se ve siempre obligado a resolver las más difíciles situaciones con la mayor rapidez posible. Es el cerebro el que funciona en este momento, pero debe ser con la más clara visión de la situación y con la decisión más rápida en cuanto a las soluciones a adoptar.

Estas son las principales condiciones necesarias para triunfar. Todas ellas son difíciles de inculcar, y por ello he señalado que EL JUGADOR NACE MAS QUE SE HACE.

Ahora bien, lo antedicho hace referencia a la mejor disposición del individuo para llegar a ser un "as". Pero es indudable que el jugador necesita una acertada y hábil dirección técnica que haga fructíferas las condiciones innatas que posee. Si se abandonó a sí mismo, si no encuentra quien le guíe y quien sepa aprovecharlas, se perderán esas condiciones y se habrá malogrado un valor.

¿Qué es necesario, pues, para formar los jugadores, sentada la premisa anterior? La labor es ardua. Es cosa natural que quien pretenda dedicarse a esta difícil labor tiene que conocer la psicología de los deportistas. Para ello, de lo primero que debe cuidarse el preparador es de estudiar al individuo. Conocer a fondo su manera de ser, de comportarse, sus formas de reaccionar ante las indicaciones, su temperamento y su personal idiosincrasia. Una vez analizado todo ello, verá de qué forma debe conducir al jugador para conseguir el mejor logro de sus deseos. No todos poseen el mismo temperamento, y los hay que entran mejor por el convencimiento razonado, y quienes, en

cambio, necesitan sentir el peso de una disciplina metódica que, sin ser demasiado rígida, les haga ver cuál es el mejor camino, bajo el tono enérgico de la orden y la indicación.

Una vez estudiado cuanto antecede, viene lo que podríamos llamar la enseñanza práctica. Cada preparador tendrá su método. No sé cuál será el mejor. Pero sí puedo asegurar que no pueden diferir demasiado uno de otro, en lo que a la enseñanza se refiere.

Es indispensable, antes que nada, que el jugador aprenda a parar y pasar la pelota. Es decir, que sin un buen toque y sin un perfecto control del balón no se puede seguir adelante. Las primeras lecciones a mis jugadores han sido siempre estas: Primero, procurar parar la pelota, tratando de que quede lo más pegada al pie; segundo, entregarla desde y a cualquier distancia, lo más exactamente posible y con la mayor fuerza, siempre en relación con la distancia a salvar por el balón.

Una vez perfeccionado este detalle indispensable, creo que debe buscarse el saber conducir la pelota, avanzando con ella en los pies. Debe hacerse a velocidad, cuanta más mejor, y con el cuerpo levantado, erguido, para así tener siempre el campo visual más extenso.

Todo esto no es demasiado difícil de aprender. Pero sí, en cambio, es más penoso de hacer lograr que el jugador asimile, se dé cuenta de lo que es el verdadero sentido del fútbol "asociación". El elemento que aprende ve que van en aumento sus condiciones de jugador; pero conforme avanza en ellas se va apoderando de él una creencia equivocada: la de que su rendimiento será mayor si su esfuerzo físico y su labor personal son incrementados.

Craso error. Se pasó por una época de

formación en que se ganó un cien por cien en la enseñanza. Pero llegado ese momento en que el jugador cree saberlo todo, se estanca. Se dedica ahora a buscar el lucimiento personal. Se considera ya superior y entretiene el juego con malabarismos absurdos, muchas veces halagado por el aplauso del público, que tan sólo ve la jugada del momento, olvidando que la verdadera finalidad es encontrar el marco enemigo, y no precisamente por el solo y aislado esfuerzo personal.

El preparador tiene entonces que trabajar de nuevo, y en una época de mayores dificultades. El jugador, en este momento, se siente fenómeno, y aunque escucha, se siente ya con criterio propio, y aun se permite disentir de los consejos que se le puedan dar. Es forzoso obligarle a que se apece de su criterio e inculcarle de nuevo cuál es su misión. Se ha pasado la mala época y vuelve a encontrarse a sí mismo. Entonces muchos dicen que ha vuelto a su mejor forma. Es verdad. Tenemos de nuevo en la mano, listo al mejor rendimiento, al gran jugador, pero no es porque hubiese perdido facultades, sino porque había dejado de funcionar bajo el criterio del profesor para lanzarse a obrar por su cuenta. El fútbol es juego de conjunto, y forzosamente tiene que existir sobre el campo, pero fuera del mismo equipo, una cabeza que rija los movimientos de once señores que si actúan deshilvanadamente, cada uno por su lado y con su personal criterio, nada bueno pueden hacer ni lograr.

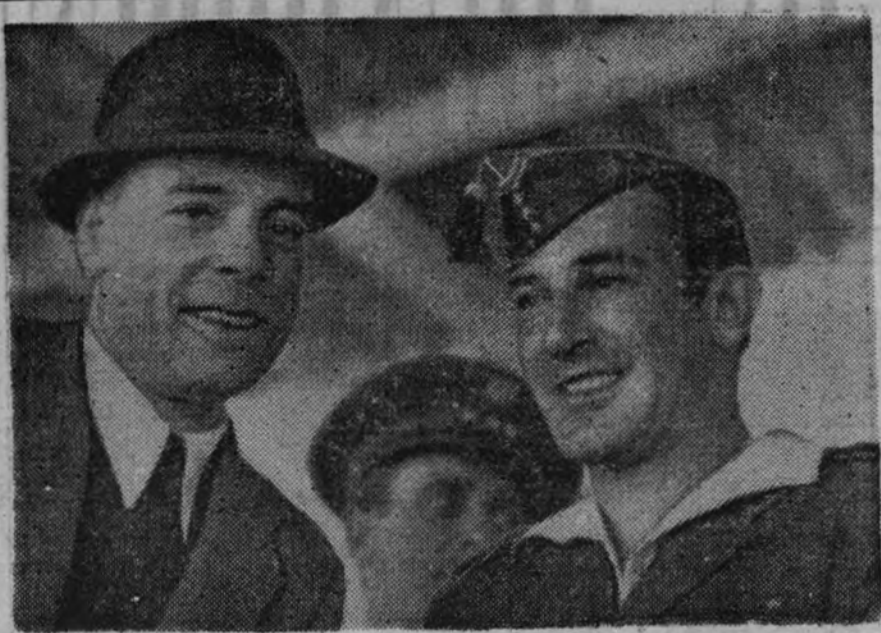
Ya está de nuevo el jugador logrado. Lo hemos vuelto al redil del buen sentido. Ya sólo toca al preparador el mantenerlo bajo un control metódico y atento, en las mejores condiciones físicas. Para ello se emplearán las carreras de fondo, velocidad, los movimientos rápidos para el logro de la mayor flexibilidad y la gimnasia de movimientos pausados y respiratorios en busca de la mayor capacidad pulmonar posible.

Esta es, a grandes rasgos, la mejor forma de hacer jugadores de fútbol. Pero hay una faceta dentro de todo el engranaje necesario para llegar a obtener el jugador de clase, que no se puede olvidar, y que muchas veces escapa a la vigilancia de un profesor.

El fútbol requiere un esfuerzo enorme. Cuanto mejor preparado esté el individuo, mayor será su rendimiento. Pero para llegar a alcanzar una preparación esmerada, esmerada debe ser la vida particular del jugador. Quien más y mejor sienta el sentido de responsabilidad mejor se cuidará, y sus músculos estarán siempre prontos a lo que se les pida más tarde en el terreno de juego. El entrenamiento, tan necesario para ponerse a punto, es perjudicial si se efectúa sobre un cuerpo desgastado por excesos. ¡Y escapa tantas veces al preparador el comportamiento fuera del campo del jugador...! Pero no hay más remedio que acabar con esto. Quien quiera ser jugador profesional de fútbol, quien ha de llevar una representación de Club, de región o nacional, es decir, quien es responsable de su rendimiento, al no obrar por cuenta propia, viene obligado, en todos sus actos, a comportarse debidamente, con el pensamiento puesto siempre en su honrada obligación de jugador.

Así, de esa forma, con cuerpos sanos y cuidados, quienes posean esos dones naturales especificados al principio, bajo los consejos de un preparador metódico y conocedor de su misión, podrá siempre convertirse en buen jugador de fútbol.

Esta es mi teoría, y doy fin a mis razonamientos. Si alguien saca provecho de ellos, me sentiré satisfecho y habré encontrado el premio a este trabajo para el suplemento de ARRIBA dedicado al fútbol español.



Ricardo Zamora, en un reciente acto deportivo, se fotografía junto a otra gran figura del fútbol: Ignacio Eizaguirre, actualmente capitán de la Legión

ES este un tema bien jugoso. Guardamos en nuestra carpeta de la Redacción una serie abundante de cartas en las que varios lectores nos reclaman de una manera imperiosa que tratemos de él. ¿Se juega ahora mejor o peor que antes? "Nos desorientan ustedes, los críticos—nos dicen desolados—, y no sabemos nunca a qué atenernos." Y el que de manera más enérgica me pide le aleje del cerebro la neblina de la incertidumbre es un hombre hecho y derecho que alterna guardemos discretamente el nombre, las más de su amor al fútbol, amor selecto, elegante, altas atenciones de su cargo con las exigencias porque se trata de una aficionado de solera de los que cuando dan una opinión, hasta las críticas la reverenciamos.

¿Cuál ha sido la evolución de nuestra técnica de juego? ¿Ha existido esta evolución? Indudablemente que existió la evolución. Y de una manera bien acusada. Haremos abstracción de este momento en que nuestro fútbol, en clara fase de crisálida, hace piel nueva, formando internacionales en crisis de biseñez, se envuelve en una nebulosa acentuada entre la finura del juego fácil de nuestros jóvenes prodigio, el recuerdo de aquellos fenómenos de alta categoría internacional, la mezcla de las escuelas regionales clásicas, el retorno, a veces intentado, a la vieja furia española, mientras sobre el terreno de nuestros encuentros internacionales, tantas veces defendidos en puro milagro táctico, suele ras-



Paulino Alcántara

garse la niebla de nuestras dudas con los atisbos de un juego que parece más maduro que el de los mejores tiempos, pero que solamente consigue soldarse por ráfagas, dando a nuestro fútbol lo que nunca consiguió tener ni en sus episodios más geniales: conjunto, serenidad de concepción, suavidad arquitectónica.

La evolución de nuestro fútbol fué rápida. Culminó como un fogonazo. Después de aquellos evocadores episodios de Amberes a cuyos campos acudió el fútbol, casi ya reliquia arqueológica, de nuestros jugadores aficionados, surgió rápidamente un fútbol bien distinto. Habría que calificarlo como fútbol único. Nada tenía, ciertamente, del fútbol de calidad sin par de los ingleses. Ni siquiera se parecía al fútbol todo técnica de los países que se encuentran en la línea del Danubio. Pero tenía algo de todos. Y, sobre todo, tenía lo nuestro, lo inconfundible, la improvisación, el genio latino, la jugada intuitiva y la rapidez en la concepción y la realización que llegaba a concreciones insuperables cuando en España se consiguió tener un gran portero, una buena pareja de backs y dos o tres hombres en la delantera que alcanzaban la leyenda con su facilidad rematadora.

Nuestro fútbol genial; pero sin conjunto.

Conviene, sin embargo, hacer una clara advertencia. No dejar que sobre los recuerdos del fenomenismo de nuestros jugadores "fuera de clase" se edifique un error. El de decir que nuestro equipo era completo. No era, nunca fué un "wonder team". Siempre le faltó un algo...

Aunque nos digan que somos sacrilegos, vamos a sentar una afirmación categórica. La existencia en nuestro equipo de alta



Campos

SOBRE LAS ESCUELAS

De Inglaterra a España y a

Las cuatro escuelas clásicas

clase de algunas de sus figuras clásicas, casi legendarias, especialmente en el juego de ataque, terminó por formar en él una especie de quiste. Había elemento que siendo demasiado jugador no llegaba a crear lo que en nuestro equipo hubiera sido lo insuperable: la ligazón, el conjunto.

Y eso venía a suceder en las dos fases más brillantes del equipo nacional. Allá por 1929 y 1930, cuando se venció a Inglaterra. Y en 1934, cuando acudiendo a la Copa del Mundo sin grandes aspiraciones, la crítica señaló que habíamos llegado casi a la cúspide del mejor fútbol continental.

Los "ases" no hacen equipo

Tenemos la firme convicción de que no siempre se consigue hacer grandes equipos con "ases". Que muchas veces, las figuras unas líneas por bajo del fenomenismo, suelen soldar un mejor fútbol que el que acostumbra a producir los equipos que hacen refulgir en sus zonas más destacadas el brillo deslumbrador de los fenómenos, ni nos mimados, jugadores en exceso individuales, que juegan para sí y todos tienen que pensar lo mismo y hacer lo mismo, jugar para él. Aunque él no juegue, casi nunca, para los demás.

El fútbol no es eso. El fútbol es, ante todo, una máquina. Una máquina de once piezas. A mayor rendimiento, mayor sincronismo. Sobre esa concepción se han formado los grandes conjuntos. Y únicamente el día que los españoles consigan unir todas sus magníficas características temperamentales en este crisol del juego de equipo habremos llegado a construir el fútbol único, especial, sin par, que solamente Italia y España pudieran hacer, porque tienen categoría, solera y hombres de primera línea para ello.

Atracción y ejemplo del fútbol inglés.

Para llegar a esta conclusión volvemos la vista a lo que siempre consideramos Universalidad del fútbol. A Inglaterra. Es el fútbol inglés, y abarcamos en esta denominación a los cuatro países de la rubia Albión, Inglaterra en sí, Escocia, País de Gales e Irlanda, aunque en la realidad de la clase y de los estilos de los equipos regionales la cosa sea bien distinta, el prototipo de este deporte, su cuna y escuela fundacional.

Pero allí, sobre los campos embarrados, bajo el puré de guisantes de la neblina invernal, un temperamento bien distinto al nuestro es el que impulsa el balón, el que teje las combinaciones, el que da el sentido al juego, el que hace los goles. Un juego terriblemente dispar al nuestro. Porque así como en nosotros, siempre fué característica psicológica de este deporte el derroche más salvaje del esfuerzo, la pura quemazón en el brío y en la acometida, en la mentalidad del "soccer" inglés el juego es todo lo contrario: ahorro de esfuerzo, habilidad, eliminación del desgaste individual, supresión de la personalidad destacada, fusión en una sola figura mecánica del esfuerzo de todos, produciendo un fútbol tan lindamente trabado, tan matemático, tan preciso, tan fácilmente realizado, porque el engranaje es perfecto, como en el engrane silencioso de una máquina. Y si su velocidad era sorprendente, lo era más si se apreciaba con qué holgura lo producían aquellos jugadores profesionales, algunos hasta de más de cuarenta años, que seguían actuando con la misma flexibilidad de siempre, con una velocidad que era como un producto de laboratorio, porque aquel juego, todo él velocidad, técnica, cerebro, cálculo, engranaje, nacía de una compenetración cerebral y física que siendo tan ajustada a los espa-



Chirri II

ñoles airoso, camorristas, dados al ímpetu, al grito y al alarido, presenciar aquel fútbol silencioso, afinado, sin ruido y sin estridencias nos parecía, por lo fácil y pulido, hasta un tanto aburrido. Y en el fondo lo era. El fútbol inglés, todo cálculo, todo precisión, en cuanto no tenía la suficiente velocidad resultaba francamente monótono por lo uniforme, todo patrón, repetición exacta, siempre lo mismo, tipificado, estandarizado, fabricado con piezas intercambiables.

La lucha de estilos en Inglaterra.

Claro que también en Inglaterra se producía la lucha de los estilos y de las variaciones que pudiéramos llamar raciales. Se abría, hendido en dos, como por un golpe de hacha, en dos partes bien distintas. A un lado el fútbol "amateur". Todo velocidad, improvisación, entusiasmo y codicia. Era el fútbol estudiantil. A otro lado, el fútbol profesional, velocísimo técnicamente, pero sin ese color atrayente que le daba el desmelenamiento de la gente aficionada que jugaba al "kick and rush". Dentro de la clase profesional, el fútbol inglés resultaba un tanto rudimentario ante las finuras de la técnica escocesa, todo vivacidad y elegancia. Era duro, a veces excesivamente duro el fútbol inglés. Era armonioso, más rápido, más elegante, más afiligranado—todo finta, habilidad y esquivas—el es-



Pepe Samitier

SELAS DE FUTBOL

de Italia a Checoslovaquia

sicas de nuestro balompié



Gaspar Rubio

cocés, en el que destacaba la diestra maestría para jugar la pelota con la cabeza y con los hombros, hasta el punto de haber equipos, los grandes equipos, que en su delantera trababan los avances muchas veces de gol a gol, sin que la pelota tocara nunca a un pie del jugador, empleándose el toque de cabeza o la combinación con los hombros. ¿Curioso, verdad? Sí. Pero cierto.

El fútbol inglés y el continental.

Había una diferencia esencial entre el fútbol inglés y el continental. Parecía mentira que la simple diferencia del régimen de lluvias, de raza también, claro está, de clima, pudiera dar una separación tan acusada de principios, de juego, de sistemas, de técnicas y de tácticas. Porque el tablero de juegos y de estilos en cuanto se atravesaba el Canal de la Mancha mostraba una tendencia al mosaico que sorprendía y desorientaba.

Estamos remontándonos a hace una veintena de años. De entonces a esta fecha se han producido numerosas variaciones en algunos de los países venidos a última hora al fútbol, como sucede con Francia, y hasta con Alemania, nuevas, recientes, en el concierto del balompié continental; pero las restantes naciones ya presentaban entonces acusadas diferencias, no sólo entre sí, sino, sobre todo, con lo que constantemente se consideró como cuna del fútbol: Inglaterra,



Carmelo Goyenechea

y más que Inglaterra su fútbol profesional, con su Liga y su Copa, torneos y organización corporativa que fueron copiados al pie de la letra por todos los países en la transformación, copiando también de Inglaterra el paso de transición del fútbol de aficionados al fútbol profesional, es decir, de los muchachos que comían para jugar y los que luego jugaban para comer.

Las escuelas del Continente.

Dejaremos a un lado a todos los países nórdicos. Su sistema de fútbol, de una calidad más bien mediana, se vaciaba en el marco tradicional del fútbol "amateur" inglés. Metamos en el mismo grupo a los equipos de Holanda, aunque aquí ya había alguno que mostraba claras reminiscencias centroeuropeas a través de la influencia de los preparadores de esta nacionalidad. Así como los preparadores ingleses, cuando no tenían talento, imprimían el sello inglés, despreciando el aprovechamiento de las calidades temperamentales de cada raza. Habrá que poner a un lado a Bélgica, que siempre hizo un buen fútbol, muy inclinado ya hacia nuestras tendencias y estilos.

Suiza, con equipos más bien medianos, se situaba en un terreno intermedio. Había equipos que se inclinaban hacia el "kick and rush" y otros preferían la técnica húngara. Italia, en aquellos tiempos, todavía no había formado su gran fútbol de 1934. Pero ya apuntaba características sobre las cuales había de montar su gran juego latino.

Quedaba en la zona oriental europea el gran triángulo del fútbol del pase corto, con sus tres escuelas, de depurada calidad, cada una con su estilo, con sus elegantes características y con sus terribles defectos. La escuela vienesa, todo elegancia y rapidez, fina, vistosa. Pero de poco aprovechamiento ante el gol. La escuela húngara, tan conocida de antiguo en España, que recordaba a veces en la matemática de sus países, impecables por la precisión, la escuela inglesa, pero vista con la cámara lenta. Carencia también de remate. Quedaba, al final, la escuela checa. Indudablemente que España aprendió mucho en ella. Era una escuela intermedia. Ni vienesa ni húngara. Tomaba de ambas lo mejor. Y luego impregnaba al conjunto de una dureza a veces excesiva, de una acometividad que parecía latina y de una rara habilidad para convertir los avances en goles. Durante muchos años fué el fútbol checo, después del inglés, lo mejor del Continente. Y no queremos complicar las cosas hablando del fútbol americano, sudamericano, mejor dicho, porque entonces tendríamos tela cortada para demasiado tiempo y espacio. Y ese era el panorama cuando el fútbol español cuajaba en su categoría internacional, cuando incubaba esa evolución a que antes hemos hecho referencia, produciendo el fútbol que durante un par de temporadas fué de lo mejor que había visto Europa.

Las cuatro escuelas españolas.

Pero también España, como Inglaterra, presenta en el análisis de su fútbol la presencia de influencias variadas, de escuelas bien dispares. Y había de ser así, porque el mosaico de regiones, con su clima distinto, con su sol o con sus nieblas, con su calor o con sus lluvias tenía que influir en algo que es tan temperamental como el juego del balón, mezcla de acciones y reacciones de habilidad y de genio, de potencia y de intuición.

Y nuestro fútbol, analizado en su entraña, acusaba dentro de su conjunto la diversidad temperamental de sus distintas regiones precursoras que habían dado otras tantas escuelas.



Los chicos del Atlético Aviación abrazan gozosos a su querido maestro y preparador, Ricardo Zamora

No puede negarse que el Norte, encabezado por Bilbao, había dado la suya. Estilo, técnica, modo de actuar, tácticas de juego, respondiendo a una clara influencia británica. La de los colegios de enseñanza, donde el fútbol aficionado primaba con aquella potencia creadora de los graduados de Oxford y Cambridge. Era el fútbol vasco, todo "kick and rush". Todo velocidad física y potencia de rápida realización. El conjunto no hacía falta. Los jugadores eran guerrilleros que con la bomba de mano al cinto se lanzaban a la acometida, todo piernas, "fuelle" y valor. La habilidad era lo de menos. Nació la clásica escuela bilbaína, nortea, "atlética". Todos unos años de gloria y de historia del fútbol español. Era el Cantábrico con sus lluvias, el Nervión con sus brumas, todo el medio ambiente de la hostil naturaleza de Vasconia la que se reflejaba en la manera... Pero allá, junto al Mediterráneo, en las tierras soleadas, suaves de clima, de música tranquila y agradable por el ritmo, bajo el soplo latino de los hombres sagaces del mar estancado, fructificaba un fútbol que era la antítesis. Frente a la potencia, la sagacidad. Frente a la violencia, la habilidad. Al lado del estampido del juego todo potencia arrolladora y realizadora, el fútbol escocés bajo el sol del "Mare Nostrum". Y era el fútbol catalán, todo temple y suavidad, engarce puro, cuando tomaba su armoniosa cadencia, el juego del balón con aire tranquilo y amoroso de sardana. Este fútbol, decíamos los bilbaínos, sólo necesita música. Y así era. De aquella escuela surgió la gran evolución del fútbol español. Pero aún había otras escuelas. Cabe la Giralda, los muchachos que soñaban con ser toreros, cambiaban la muleta por las botas de fútbol y los cuernos de los rovílos eran cuerno de balón. Y bajo la evocación filigranera de los quiebros, de las revoleras, del manejo de la capa y del piruetear con las banderillas, nació aquel fútbol que Pepe Brand pusiera en música, creando el pasacorto, el regate con el balón amarrado a la bota, la combinación de ala voleando la pelota como quien juega, hasta dar un fútbol que veinte años más tarde aún recordamos con fruición cuando el Sevilla actual, formado todo él sin fenómenos, lo suelda, suave, pero rápidamente, sobre el verde, haciéndonos con su camiseta blanca la evoca-

ción de un Sunderland o de un Dundee, juego escocés de la más pura solera.

También Madrid tuvo su escuela.

Pero España tenía una capital a la que venían a converger, a través de sus Escuelas técnicas, de sus Facultades, de sus Universidades, todos los jugadores jóvenes estudiantiles de España. Y cabe el Manzananero, bajo aquel sol, en aquellos campos que eran más bien alfares, bajo el soplo de la gracia y el salero madrileño, psicología agilísima con ideas, relámpago, velocidad cerebral, intuición sin par y sin posibilidad de alcance, nació una escuela de fútbol—pase corto, rápido—que allá por el año 1930, cuando en Madrid jugaba un señor que se apellidaba Rubio, a quien el ditirambo periodístico encumbró hasta llamarle el Rey Mago, dió a la historia del fútbol español—muy primoroso a la sazón—una calidad de juego que ni siquiera pudiera mejorar aquel Barcelona de los tiempos magníficos ni el Atlético Club en los momentos serenos en que la furia de Amberes reposaba en el encaje de bolillos de aquellos dos hermanos de nombre muy largo, hombres de carrera los dos, que habían convertido el furioso fútbol bilbaíno en un producto de laboratorio matemático. También España tuvo sus escuelas futbolísticas. También. Y aun ahora no se des-pintan. Suelen brillar a veces bajo los desconchados de sus equipos representativos, muy lejos de la altura de otros tiempos... ¿que volverán?

"FLECHA DORADA"



Kaka

El gran equipo madrileño ATHLETIC CLUB y su fusión con AVIACION



Equipo del Atlético Aviación que ha sido campeón de Liga las dos últimas temporadas

La historia del Athletic es una de las más sugestivas, atrayentes y ejemplares del fútbol español. Carece de la monotonía gloriosa al se quiere, de otros Clubs de vida opulenta, exenta de imperiosas y dramáticas necesidades, como el homónimo bilbaíno, el antagonista directo, Madrid F. C., y los catalanes Barcelona y Español. De los altibajos que determinan sus crisis, de las que sale siempre fortalecido, reflejan la vigorosa contextura moral de un Club que capea bravamente los temporales, se impone a las peores adversidades y se coloca finalmente en el mismo primer plano de los elegidos.

Su lucha es terriblemente dura. En algún momento está en trance de desaparecer, pero siempre encuentra al hombre providencial que empuja los mandos en el instante decisivo. Sus socios, la legión de incondicionales que la sigue, están cortados en la adversidad. Por eso es más

estimable el concurso de su aliento y de su entusiasmo inagotables.

A mediados de 1937, y en pleno fragor de la guerra, un joven oficial del Arma de Aviación, deportivo cien por cien, sugiere a sus superiores la idea de crear un equipo de fútbol. El benévolo Salamanca se entrega ardorosamente a la organización del equipo, que inicia sus actividades a mediados de 1937, en la ciudad salmantina, donde se encuentra establecido el Cuartel General. El "cuadro" está constituido casi en su mayoría por canarios. Ese mismo año celebra varios encuentros de preparación, en los que obtiene brillantes victorias. Verificada la fusión, se elige la siguiente directiva: presidente, D. Luis Navarro Garnica; vicepresidente, D. José María Fernández Cabello; secretario, D. Cesáreo Galindez; contador, D. Juan Touzón, y tesorero, don José Bosmediano.

Designado D. Luis Navarro Garnica agregado del Aire en la Embajada de España en Roma, fué elegido presidente el actual, don Manuel Gallego Suárez-Somonte.

Por acuerdo de la Federación Española se cubre en 1939 uno de los puestos de la Primera División a base de una eliminatoria única entre los que habían descendido en 1936, Osasuna y Athletic. El día 28 de noviembre, en Mestalla, juegan ambos equipos con todos los caracteres de una final.

La superioridad atlética es indiscutible, y vence por 3-1.

El equipo se perfila rápidamente, y después de una temporada brillantísima obtiene el supremo galardón al ganar la Liga en la temporada de 1939-40, bajo la in-

teligente dirección técnica de Zamora.

Los treinta y ocho años de vida del Athletic le conceden todos los derechos y todos los honores. Desde la edad "paleolítica" de nuestro fútbol hasta los tiempos modernos, su ejecutoria registra calamidades o abundancias casi bíblicas. O se está al borde del abismo o se reúnen varios campeonatos — veintidós en una misma temporada. Si es verdad que por todos los caminos se va a Roma, es indudable que el recorrido por el Athletic ha sido no por glorioso menos duro y difícil. Tal vez por eso su mérito sea mayor.

Que su historia sirva de ejemplo a propios y extraños. A unos, como estímulo nobilísimo, y a otros como lección provechosa.



Equipo del Athletic de Madrid del año 1926, en el partido jugado en la final de Mestalla

DEPORTE ARAGONES

Zaragoza C. de F. asciende a la Primera División

Un acontecimiento deportivo de significación para el prestigio de nuestro fútbol regional llena, actualmente, de satisfacción y orgullo a toda la afición aragonesa: el triunfo del equipo del "Zaragoza" en el campeonato de Liga, que ha permitido el ascenso de este Club a la Primera División.

Victoria legítima, reclamatione disputada, lograda en competiciones reservadas a los mejores y más fuertes, y, por tanto, digna de ser registrada y difundida con frases de júbilo y encomio: ascenso merecido, conquistado merced a la penetración al feliz consorcio de una gestión directiva inteligente y perfecta, de una labor técnica efusiva y científica, y de un equipo consciente de su responsabilidad y de la importancia que, para el honor del Club, representa salir vencedores en los partidos que juega. Clasificación que la importancia de nuestra ciudad, la quinta de España, demandaba con justicia, feliz y ardentemente obtenida con la voluntad de todos, en un proceso de superación que, cuando hay fortaleza, patriotismo y amor propio, siempre queda sustanciado con aplausos.

El Zaragoza conoce días de contento y optimismo, en que los plácemes de las autoridades, Prensa, entidades y amigos tejen el trofeo que el Club puede ostentar, como homenaje merecido a los

que han sabido dirigir, organizar, y, actuando con éxito, obedecer.

No en balde nuestro querido Club ha forjado su título, escudo y colores en luchas durísimas que han robustecido su técnica y han fundamentado sus actuaciones en éxitos y reveses, venturas y desgracias, ascensos y descensos, que lejos de deprimirle y aniquilarle, le han tonificado y curtido, presentándolo como entidad futbolística fuerte, digna y apta para la Primera División como todo ser bien constituido y sano que llega a puestos destacados tras terribles esfuerzos que endurecieron su voluntad y sus músculos.

No en balde recuerda el Zaragoza aquellos partidos primeros de los años 1912 y 1913, que jugados por sus progenitores, el "Iberia" y el "R. Zaragoza", el "Stadium" y el "España", excitaban ya e incrementaban la afición aragonesa, practicando, en sus enconadas rivalidades, la fácil técnica de disputar el balón "a brazo partido", y desarrollando la positiva táctica de ganar los partidos "despejando" el campo de jugadores contrarios.

No ha olvidado tampoco aquel triste campeonato del año último, cuyo final decretó su descenso a la Segunda División; mas por natural reacción de los organismos de gran contenido representativo y de interés extraordinario, una nueva dirección se impuso, cesando, dig-

na y espontáneamente, los elementos rectores afectados por la desgracia.

Con entusiasmo, con espíritu de trabajo, llegaron a la Directiva del "Zaragoza" nombres cuyo solo enunciado implicaba garantía de aciertos. Don Francisco Caballero, nuestro actual alcalde, fué designado presidente; D. Gabriel Valero, vicepresidente, y como colaboradores, consejeros, asesores y factores todos decisivos para conducir al Club por caminos de prosperidad y grandeza, los señores Lasala, Lozano, Cano, Escrisza, Fanto, Barbany, Labarta, Ferrer, Ara, Cervero, Jordá, Juan José Rivas, Bruned, Gayarre, Marqueta y Moros, personalidades altamente representativas en nuestra sociedad y amantes del noble deporte que el Club encarna.

El Zaragoza cuenta, pues, con una Junta directiva notable por su significación y prestigio. Cuenta con elementos técnicos entusiastas y capacitados; posee jugadores inteligentes, hábiles, plenos de facultades y en condiciones de defender con energía y éxito los colores del Club frente a los equipos competidores, por fuertes que se nos muestren. Pero necesita el Zaragoza algo indispensable en la vida de todo Club de gran categoría: el calor, el fervor, la asistencia, la colaboración de esa masa de socios atentos exclusivamente a la espectacularidad y emoción del partido que presencian. Esos socios, en noble renunciamiento de comodidades y aislamiento, deben sacrificar-

se, ser los custodios, propulsores, animadores de los intereses y realización del Club. Necesita éste, además, la ayuda económica pura, generosa, de ese núcleo de firmas que no han podido apreciar todavía la enorme significación de la vida del deporte, en la que el honor y fama de una ciudad se ensamble y funde con las competiciones futbolísticas, llegando al extremo, por impulso de la difusión y popularidad adquirida, que la derrota de un equipo y su descenso en categoría es mancha y bochorno para la población cuyo nombre ostenta el Club vencido.

Esas firmas de prosapia zaragozana y estirpe aragonesa deben ayudar a que nuestro primer Club mantenga el buen nombre de la ciudad en el terreno del deporte, y ya que en ese aspecto no es el objeto primero ni último atesorar, retener avaramente beneficios sino invertir todos los recursos para que un Club, nuestro Club, el Zaragoza, pueda mantener firmemente, honrosamente, sobradamente, sus colores y emblemas en las muchas y grandes y costosas competiciones que se avecinan, por eso deben y tienen que aportar todos los dones que su posición y su entusiasmo les permite y dicta, sin otro afán ni esperanza que los de leer, presenciar y compartir los triunfos brillantes y rotundos que el Zaragoza puede lograr y que, con y por nuestra ayuda, le hemos de exigir.

ENCEL

DE LAS COMPETICIONES FUTBOLISTICAS

LAS LESIONES EN EL FUTBOL

Por L. FERRERAS

El fútbol asociación, nuestro más popular deporte, acarrea a quienes lo practican una serie de accidentes y lesiones cuya etiología, curso y tratamiento voy a exponer a continuación de un modo lo más breve, claro y comprensible para el profano, sin que, por otra parte, pierda la exposición el sabor científico que en último término es preciso conservar en el desarrollo de este interesante capítulo de la traumatología deportiva.

Podemos asegurar a la vista de las estadísticas que acompañan a estas líneas, que el fútbol es un juego deportivo, cuya peligrosidad, con respecto a la vida del sujeto, es casi mínima. Y asimismo podemos manifestarnos en relación con la invalidez subsiguiente a los traumatismos, cuya gravedad es manifiesta.

K. Salto, de Toldo, expone un interesante estudio que comprende "cuatro mil casos" de accidentes deportivos recopilados desde 1935 a 1936. Se expresan así:

1.—Fútbol	446
2.—Rugby	435
3.—Baloncesto	498
4.—Balón-bolea	125
5.—Base-ball	318
6.—Hockey	239
7.—Tenis	9
8.—Atletismo	211
9.—Hipismo	267
10.—Natación	10
11.—Remo y vela	4
12.—Esquí	64
13.—Patinaje	26
14.—Lucha japonesa	12
15.—Boxeo	24
16.—Esgrima japonesa	1.086
17.—Jiu-jitsu	521
18.—Aparatos	64
19.—Varios	10

Beunkin, Drowing y Jonin encuentran un 50 por 100 de lesionados, después de tres años de observación de accidentes, en el juego del fútbol.

En las estadísticas obtenidas en mi Departamento de Sanidad del Frente de Juventudes en relación con las lesiones sufridas durante el campeonato de fútbol de 1939-40 por los afiliados al mismo, obtenemos un porcentaje del 32 por 100. Este número se ve elevado a un 60 por 100 en el año 1941, si bien hay que hacer constar que en esta última estadística se consignan hasta los más leves casos—arañazos de la piel, heridas superficiales y erosiones—, pudiéndose decir que los casos de mediana gravedad son extraordinariamente raros.

Accidentes mortales, como consecuencia de traumatismos recibidos en los campos de fútbol, sólo recuerdo dos: el del guardameta Bidnighahn y el de un componente de cierto equipo chileno en jira deportiva por España.

Por lo demás, una gran parte de las lesiones—como ya hemos señalado más arriba—consisten en simples erosiones de la piel, así como ligeros traumatismos de los huesos o de las partes blandas.

Los músculos sufren a consecuencia de los golpes proporcionados por el adversario, trastornos inflamatorios que oscilan entre la simple contusión hasta los más graves desgarramientos. Del mismo modo los huesos y articulaciones pueden ser lesionados por idéntico mecanismo, ocasionándose a veces artritis considerables y fracturas gravísimas. Son típicas las exostosis—desprendimiento de partículas de hueso—por heridas del periostio, así como las producidas por desgarramiento de la superficie de implantación a consecuencia de tracciones desmesuradas de los ligamentos y cápsulas articulares.

He observado varios casos de jugadores en plena edad del crecimiento portadores de exostosis en el área epifisaria de los huesos de la pierna.

En este capítulo de las exostosis y de los secuestros óseos puede catalogarse el famoso caso de Gaspar Rubio, el "rey del

astrágalo", que tanto dió que hablar a los cronistas deportivos.

Las caídas traen aparejadas muchas veces fracturas de las extremidades superiores, sobre todo cuando este juego se practica en los terrenos que por su estructura se clasifican como duros.

Los guardametas experimentan una serie de lesiones que les son propias en virtud del puesto que les está encomendado, y así son frecuentes entre ellos las luxaciones y fracturas de los dedos y de los huesos del brazo y del antebrazo. Como la fractura y luxación conjunta que sufrió Zamora en su choque con el jugador Bulria en cierto partido de campeonato en el campo de Chamartín.

Los desgarramientos musculares por estiramiento forzado en posiciones violentas o al golpear el balón en actitudes faltas del natural equilibrio, pueden tener consecuencias graves para la total regeneración de la función perdida.

El sobreentrenamiento conduce muchas veces a trastornos de la fibra muscular en su esencia más íntima, reduciéndola a un estado semidegenerativo—como necrosis de coagulación o miogénesis—que trae como consecuencia un aumento extraordinario de las auto-lesiones en grado creciente de gravedad hasta la miositis osificante. Hay que señalar que los músculos que sufren más fácilmente este tipo de lesiones son el muslo, el semitendinoso y semimembranoso, así como los que forman la musculatura de la pantorrilla.

Pero las que pudiéramos designar como características del fútbol asociación son las que recaen sobre las articulaciones del tobillo y de la rodilla.

En el primer caso tratábase de esguinces o distorsiones de la articulación correspondiente, que sobre todo en los casos de predisposición—lo que pudiéramos llamar holgura de las articulaciones—hacen frecuentísima esta clase de lesiones, con las secuelas sucesivas que llegan en su reincidencia hasta motivar fundamentalmente el alejamiento del deporte.

Son esencialmente inflamaciones de la articulación de la gárganta del pie, con derrames sinoviales y desgarramiento de los ligamentos articulares, llegando a veces en su grado máximo al desprendimiento de las superficies óseas de implantación ligamentosa.

Como ejemplo de esta predisposición congénita puedo citar el caso del jugador Luis Uribe, al cual tuvo ocasión de asistir durante su permanencia en el equipo de la Real Sociedad Gimnástica Española—siendo yo médico de la referida entidad—numerosas lesiones de este tipo, facilitadas por su distensibilidad y relajación articular, aumentada con la energía y violencia de movimientos que él imprimía a sus actuaciones.

Pasamos por último a los más característicos accidentes que se desarrollan en la modalidad del juego del fútbol: las contusiones, desgarramientos y roturas de los meniscos de la articulación de la rodilla.

Se trata en estos casos de anormales exigencias del desempeño que ordinariamente cumplen estos meniscos, que, como sabemos, son dos cuerpos semilunares cartilaginosos interpuestos entre las superficies articulares de la tibia y los cóndilos femorales, que aumentan y favorecen por su disposición y forma el juego de movimientos de la rodilla.

En muchos casos, cuando se produce la rotación externa de la pierna mientras el muslo adquiere un movimiento de traslación en sentido opuesto, encontrándose además en semiflexión con respecto a aquella en virtud de una grave violencia, se ocasionan tracciones bruscas y pellizcamientos del menisco correspondiente, acarreado desgarramientos y fracturas del mismo hasta el aislamiento de algún trozo de él desprendido. Esto constituye un cuerpo que pudiéramos llamar extraño al juego normal de la articulación.

Los trozos desprendidos del menisco—"ratones articulares"—producen más tarde enclavamientos de la articulación en una posición semiforzada, que imposibilita al jugador la excursión ordinaria de los movimientos de la rodilla, convirtiéndole en un inválido, al menos con respecto a sus actuaciones deportivas.

El pronóstico de estas lesiones, aun en sus matices más ligeros, debe ser conducido por el médico con gran cautela, porque muchas veces, a consecuencia del rudo trabajo a que se ve sometida la articulación de la rodilla, experimentan estos cartílagos, sobre todo en la insistencia del movimiento de rotación—para el cual está mal constituido a causa de su pobreza en vasos sanguíneos—procesos degenerativos de las sustancias fundamentales—fluidificación y hialina, ensucrecimiento anormal y degeneración grasa del cartilago—, que conducen a un estado irreparable, como ha demostrado Toblers con recidivas cada vez más frecuentes, y en algunos casos el cuadro significativo de la artritis seca o exudativa, y de la artritis deformante.

Produce asombro el contemplar a veces la rápida curación de algunos sujetos que han sufrido graves trastornos de la articulación de la rodilla por el mecanismo antes citado, pero que tienen una buena disposición articular frente a otros muchos que por predisposición hereditaria arrastran toda la vida los trastornos adquiridos a consecuencia de traumatismos de consideración relativamente escasa.

La violencia del choque del pie con el balón sujeto accidentalmente por un jugador enemigo, produce en ocasiones desgarramientos de los ligamentos laterales de la rodilla o de los ligamentos cruzados de la misma con el acompañamiento sistemático de derrames sinoviales de la cápsula articular.

El tratamiento de estos trastornos origina muchas veces cuantiosos desprendimientos económicos y requieren antes que nada un escrupuloso reconocimiento y diagnóstico médicos.

En líneas generales sólo diré que es necesario en primer término un absoluto reposo del órgano dañado, que se prolongará hasta que haya desaparecido el período de inflamación aguda.

Con objeto de impedir todo movimiento en las lesiones articulares se recurre modernamente al escayolado del miembro afectado durante un espacio de tiempo relativamente corto. Pasado este breve período se recurre a la movilización pasiva y a los movimientos activos sucesivos.

El masaje se empleará en todos aquellos casos de lesiones musculares, las cuales se benefician grandemente de este medio auxiliar de la mecanoterapia. El verdadero amasamiento manual es un eficaz colaborador del médico, siempre que esté ejecutado por una persona de probada suficiencia. Las otras clases de masaje—el vibratorio, el golpeteo y las presiones excesivas—carecen de efecto en la mayoría de los casos, cuando no resultan perjudiciales para la buena marcha del proceso regenerativo.

En las artritis también se obtiene una buena "restitutio ad integrum" cuando se amasan sabiamente los músculos vecinos a la lesión articular.

Están contraindicados los amasamientos y frotaciones en los casos de inflamación del periostio por su tendencia a producir exostosis.

La hidroterapia, así como los baños de vapor y aire caliente de carácter local, favorecen la curación, cuando se hace un prudente uso de los mismos, aunque no tienen el carácter taumatúrgico que el vulgo les asigna.

La intervención quirúrgica se hace necesaria en aquellos casos en que, fracasados los medios de terapéutica física, nos vemos obligados a separar los cuerpos extraños que se hayan formado en la misma articulación o en sus proximidades. Esto es válido cuando se trata de meniscos desgarrados o en lesiones que han producido secuestros óseos.

Lumnitzer, de Budapest, informa sobre una estadística de 136 casos de intervención operatoria con curación subsiguiente. En el mismo sentido se manifiestan Briher, Steinmann, Henschen y Knoll.

En cuanto a la higiene o prevención de estos accidentes, expongo a continuación algunas causas desencadenantes de los mismos, que pueden ser en su mayor parte evitadas para lograr el fin que nos proponemos:

a) Lesiones motivadas por falta de habilidad de los ejecutantes o descuido en su preparación.

1. Infracciones de las reglas del juego.
2. Sobreentrenamiento o falta de preparación.

3. Descenso de la forma física (enfermedad o convalecencia).

4. Mal estado de la fibra muscular.

5. Exceso de confianza en sí mismo y en sus medios físicos.

b) Motivadas por causas independientes de la voluntad del lesionado.

1. Mal estado del terreno de juego—terrenos duros, encharcados o irregulares.

2. Defectuosa confección de los zapatos empleados, así como imperfecciones en su colocación.

3. Accidentes ocasionados por mala voluntad de un jugador poco correcto.

4. Choques inevitables durante el juego.

Los profesionales efectúan en la actualidad un fútbol que, por su movilidad y por la necesidad de atacar el balón en posturas violentas, así como el excesivo número de partidos en que participan forzosamente, les acarrea una serie de lesiones que eran casi desconocidas para los aficionados de los tiempos heroicos, los cuales jugaban de un modo primitivo, aunque aparentemente, por el continuo desplazamiento del contrario con el propio cuerpo, se nos antojase enérgico y violento.

En cuanto a las inutilidades, sólo diré que la mayor parte de los casos conocidos en este sentido se trata únicamente de incapacidades para continuar jugando al fútbol, quedando, por otra parte, en buenas condiciones para cumplir las necesidades de la vida corriente. Muy frecuentemente quedan perfectamente aptos para ejecutar deportes de otro tipo de movimiento.

Son numerosos los jugadores que se han visto obligados a abandonar los terrenos de juego cuando la fama y el éxito les sonreían. Citemos aquí, entre otros, los casos de Manuel Meana y Juanito Monjardín.



Proporción en las lesiones

EL FUTBOL DE ESPAÑA ES MODELO DE ORGANIZACION DEPORTIVA

Cómo a través de años y hombres se ha encauzado lo que a principios de siglo se consideraba una excentricidad

Don Juan Antonio Sánchez-Ocaña, secretario general de la Federación Española, nos relata la historia federativa de nuestro fútbol



Sánchez-Ocaña

Si el fútbol de España ha adquirido una extraordinaria densidad, mucho se debe a los hombres que cuidaron de su organización. El fútbol español es, como todos sabemos, un modelo en la estructuración y en la forma de actuar.

A grandes enamorados del deporte siguieron hombres estudiosos, a estos aficionados expertos. Cada uno puso su sillar en la gran obra que hoy admiran propios y extraños.

En la organización del fútbol no existen periodos decadentes.

Muchos achacan la gran divulgación del fútbol a su belleza como deporte, a su gran agilidad y emociones propias.

¿Cuál sería el estado del fútbol sin esas competiciones tan perfectamente montadas? ¿Sin esa disciplina donde no cabe la conveniencia particular ni egoísta? ¿Donde todo se supedita a lo objetivo sin preferencias, sin presiones, sin blanduras? Con el único dictado de las leyes deportivas y de justicia.

Toda España late y siente la emoción del fútbol. Desde los equipos más humildes a los más poderosos. Todos tienen iguales derechos y deberes. Todos pueden escalar la cima si en la lucha noble son mejores atletas y más hábiles en el juego.

Por eso, orgullo de deportistas españoles es informarnos sobre la cuidadosa organización del fútbol de nuestra Patria.

Y os informaremos a través de las palabras de D. Juan Antonio Sánchez-Ocaña, secretario general de la Federación Española, periodista ayer, deportista siempre, conocedor profundo del fútbol, que ha seguido amasando con éxito la argamasa de esta obra admirable.

Más de veinte años hace que conocemos a D. Juan Antonio Sán-

chez Ocaña. Pero es la base que nos da su biografía, más que el calor de su amistad que nos permite asegurar que su labor que todos conocemos es tan honda y callada como efectiva.

Y ahora cedámosle la palabra.

—El primer organismo federativo nacional origen de la actual Federación Española de Fútbol, fué creado en 1905. Tomó el nombre de Federación Española de Clubs de Fútbol, y tenía por principal fin organizar el campeonato de España. Agrupaba directamente a los clubs que lo crearon con la mira de obtener un organismo superior que dictara las normas básicas para la competición nacional.

—La organización era deficiente y las avenencias entre los clubs se conseguían con dificultad. Ello motivó la existencia en 1910 de dos grupos disidentes que jugaron por separado su campeonato, proclamándose así dos campeones de España, hecho repetido en 1913.

—La necesidad de evitar estas perturbaciones continuas y la existencia de algunas Federaciones Regionales sin nexo de unión, llevó a la trascendental reforma de la temporada 1913-14, en la que se organizó la Federación Regional, y éstos, a su vez, en Asamblea General, celebrada anualmente, designaba el Comité Ejecutivo nacional.

—Esta Asamblea de 1915 celebró en Madrid un proyecto de Estatutos y Reglamentos, a base de reconocer personalidad a las Federaciones Regionales y delimitar sus zonas de demarcación, para evitar las continuas cuestiones de competencia, tan fatales hasta entonces. Las Regionales a la sazón existentes eran: la Asturiana, la Castellana, la Catalana, la Gallega, la Sur, la Valenciana y la Norte. En estas siete grandes demarcaciones estaban comprendidos todos los clubs existentes.

—Tras el paréntesis de 1917, en que de nuevo se produce un movimiento perturbador que retrasa el llevar a la práctica lo acordado, la reglamentación de 1915 se impone en definitiva. Tiene lugar en 1920 el hecho trascendental del triunfo español en la Olimpiada de Amberes, y como consecuencia, se acomete con mayor entusiasmo la obra consolidadora de nuestro fútbol.

La Asamblea de Vigo de 1921 es un buen paso en tal sentido, y en la de 1923 son aprobados los nuevos Estatutos y Reglamentos. En 1924 se establecen nuevas bases del campeonato de España, clasificándose las regiones por razones geográficas en cuatro grandes grupos. En la temporada siguiente, para mayor impulso del fútbol, se

concede el derecho de jugar este campeonato a dos representantes por región, en vez de uno sólo, y en 1926 se sientan las primeras bases del Reglamento del profesionalismo, resolviéndose la transición del antiguo al nuevo régimen.

—Paralelamente a este movimiento organizador se crean nuevas Federaciones Regionales, que van desgajándose de las antiguas, como consecuencia de existir fuertes núcleos de afición. Así, en 1918 la Federación Norte se desdobra en dos, la Vizcaína y la Guipuzcoana; en 1923 surgen la Cantabria y la Aragonesa; en 1924, la Extremeña y la Murciana; en 1926, la Balear; en 1928, la Navarra, y en 1931 las dos de Canarias-Tinerfeña y Las Palmas y la Hispanomarroquí.

—Paso en firme se da, en la temporada 1927-28, con la creación del campeonato de Liga, que viene a presentar el comienzo de una era de intensificación del fútbol y de abundancia de partidos de carácter oficial.

Al año siguiente se completa con la creación del campeonato de aficionados, y se acomete, por medio de una ponencia designada, la confección de un Reglamento adaptado a las nuevas necesidades, que, aprobado en 1930, está en la actualidad vigente en lo fundamental.

—Al término del glorioso Movimiento Nacional, todo este sistema es modificado; se abandona el antiguo principio democrático de elección y cesan las Asambleas generales con sus votaciones, conforme al principio corporativo y autoritario; la Federación Española se organiza de arriba a abajo, hoy Delegación Nacional de Deportes de Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S. Este máximo organismo, rector del deporte español, designa el presidente y el vicepresidente de la Federación Española, nombra los presidentes de las Regionales, con la aprobación del delegado nacional, y éstos proponen los restantes miembros. Finalmente, los presidentes de las Regionales efectúan los nombramientos de los presidentes de los clubs para que ellos propongan el resto de la Junta directiva.

—La actual demarcación territorial de las Regionales es la siguiente:

Federación Aragonesa: provincias de Zaragoza, Huesca, Teruel y Soria.

Federación Astur-Montañesa: provincias de Asturias, León, Zamora, Palencia, Santander y Burgos.

Federación Balear: Islas del Archipiélago del mismo nombre.

Federación Castellana: provincias de Castilla la Nueva, Salamanca, Valladolid, Segovia y Avila.

Federación Catalana: todo el territorio de la región catalana.

Federación Extremeña: provincias de Cáceres y Badajoz.

Federación Gallega: provincias de Coruña, Lugo, Orense y Pontevedra.

Federación Guipuzcoana: provincias de Guipúzcoa, Logroño y Alava.

Federación Hispanomarroquí: plazas de soberanía y territorio del Protectorado español en Marruecos.

Federación de Las Palmas: islas de la Gran Canaria, Fuerteventura y Lanzarote.

Federación Murciana: provincias de Murcia, Alicante, Albacete, Almería y el sector Baza-La Sagra, de la de Granada.

Federación Navarra: provincia de este nombre.

Federación Sur: provincias de Sevilla, Jaén, Málaga, Córdoba, Cádiz y Huelva.

Federación Tenerifeña: islas de Santa Cruz de Tenerife, La Palma, Gomera y Hierro.

Federación Valenciana: provincias de Valencia y Castellón y comarca de Alcoy.

Federación Vizcaína: provincia de Vizcaya.

—La disciplina, la absoluta penetración entre el órgano rector y sus organismos regionales, el engranaje de todos los elementos que ejercen función de autoridad dentro de la Federación determinan un funcionamiento regular y metódico.

En la actual temporada esa disciplina se ha puesto de relieve claramente al terminar las competiciones extensas, y para algunos clubs penosas, en el plazo previsto. Sin una suspensión, sin una retirada, todos los clubs han cumplido rigurosamente sus obligaciones, a veces a costa de no pocos sacrificios, haciéndose dignos de estar encuadrados en el deporte de la nueva España.

C. A.



Archivo de la Organización

GRANADA CLUB DE FUTBOL

HISTORIA DEL CLUB

ETAPA PREPARATORIA

El Recreativo de Granada (hoy día Granada C. de F.) es un equipo relativamente joven. En el año 1930, después de enconadas luchas deportivas dentro de la categoría regional correspondiente, logró, tras grandes esfuerzos realizados entusiastamente, ascender a la Segunda División nacional. En aquella época, en Granada, el fútbol era mirado por la afición deportiva como uno de tantos juegos a los que sin fanatismo de ninguna clase podían dedicarse unas horas de descanso, y tras esta despreocupación futbolística de la afición granadina, unos hombres patriotas y entusiastas del deporte, colaboraron año tras año en la labor del Recreativo de Granada sin conseguir—todo ha de decirse—grandes triunfos. Luchó, como ya digo, manteniendo una afición no muy influenciada por el deporte, y como todos los Clubs destacaron más o menos entre sus filas algunos jugadores que hoy día han llegado a conocerse; citemos entre ellos a Tabales, jugador antiguo del Recreativo de Granada y hoy figura del Atlético Aviación. Con los cambios propios de una organización que caminaba falta del apoyo de la afición granadina, el Recreativo de Granada llegó a la guerra con un equipo como otro de tantos. En esta época preparatoria del Club, de plena tranquilidad, sólo excitaban el deseo regional de la afición las luchas con el entonces Malacitano. Entre la pugna regional de malagueños y granadinos dominaba grandemente la de sus luchas deportivas, y en las épocas en que el C. D. Malacitano, con un equipo falto de técnica futbolística, pero lleno de entusiasmo, varonilidad y dureza competía con el Recreativo de Granada en lucha enconada dentro de la División en que ambos convivían deportivamente, la afición granadina acudía con un enervado deseo de lucha, a alentar, a defender, a dar ánimo al Club representante de su ciudad. Entonces, toda la afición aumentaba grandemente, no sólo por el entusiasmo deportivo que hubiese arraigado en ella, sino por el deseo vehemente, netamente andaluz, de mostrar una superioridad sobre sus enemigos de siempre, el Club Deportivo Malacitano.

La guerra paralizó esta etapa que llamamos preparatoria del Recreativo de Granada, y sus jugadores, llamados a fines patrióticos, abandonaron los campos de deporte para empuñar, con el ardor que siempre pusieron en sus enconadas luchas deportivas, el arma que defendiese bravamente la hegemonía nacional de una raza española que se sublimaba en el límite defendiendo los intereses patrios.

ETAPA TRIUNFAL

Terminada la guerra de liberación, el Recreativo de Granada organizóse otra vez inmediatamente. Alma de esta organización fué D. Ricardo Martín Campos, hoy día presidente del Granada C. de F., alentador continuo, trabajador infatigable, hombre lleno de dinamismo, que abandonando sus quehaceres particulares y todos los negocios que a su alrededor tejía, dedicó con ánimo inusitado su personalidad y su trabajo en pro del Club. En esta época, el Granada, tomando nuevos rumbos, rumbos que habían florecido en otros Clubs de campanillas, logró la firma de elementos valiosos dentro del deporte futbolístico y logró formar un equipo que sobre el papel aparentaba potencialidad clara dentro de los que en esa época vivían en la esfera nacional. Más tarde, cosechando triunfos por todos los campos españoles, derrochando entusias-

mo a raudales y mostrando ante los apartados de este deporte el arte, la belleza de una de las más atractivas ramas deportivas, influenció de tal forma en la afición, que poco a poco creció ésta tan eficientemente, tomó tal auge el aumento de socios y admiradores y de simpatizantes del Club, que el Granada C. de F. se situó dentro de su División como uno de los más completos equipos andaluces. En la temporada 1938-39, tras una lucha con los equipos de su división, consiguió quedar subcampeón de la misma, no clasificándose vencedor absoluto por un azar de la suerte, que le hizo empatar en Córdoba un partido que técnica y entusiastamente tenía ganado.

En la temporada 1939-40 culminó totalmente su actuación triunfal y quedó campeón de su grupo, con muy pocos partidos perdidos y venciendo a sus rivales más inmediatos: Cádiz Club de Fútbol y Club Deportivo Malacitano. En esta temporada actuaron jugadores ya conocidos de la afición futbolística; reseñamos entre ellos al medio centro Bonet. También colaboraron jugadores madrileños poco conocidos en la esfera deportiva, pero que mostraron en Granada su categoría hasta entonces oculta; señalamos entre éstos a Floro, portero, procedente de la Ferroviaria de Madrid; a Maside, a Trompi, del Betis de Cuatro Caminos, y algunos jugadores locales como Millán y Cepillo. En la defensa destacó otro madrileño: González, que durante esta temporada fué capitán del equipo, y como entrenador laboró con toda eficiencia el que fué medio centro de la famosa línea mosquera del Athlétic madrileño, Victoriano Santos. En la Directiva, aparte de la ya indicada labor del Sr. Martín Campos, apoyaron a éste figuras como las de D. Francisco Cristóbal, secretario técnico del Club, mano derecha del presidente y constante animador del mismo.



Equipo del Granada C. de F.

Y en Granada, en esta época en que el Club ascendió a Primera División, la afición creció de tal forma que a todas horas y en todas partes sólo se hablaba de fútbol. Fotografías de todos los jugadores se mostraban por los principales comercios de la ciudad. En todas partes eran agasajadas figuras que hasta entonces permanecieron desconocidas, y la afición taurina, tan arraigada en Andalucía, pasóse unánimemente al campo del deporte, influenciada por la efervescencia futbolística que respiraba Granada a todas horas. Socios y más socios acu-

dían a darse de alta al Club. Prensa deportiva circulaba constantemente por la ciudad, críticas, charlas, todo mostraba a la nación deportiva la calidad, la categoría de un Club que en esta época difícil de postguerra consiguió uno de los más grandes triunfos deportivos. No sólo fué campeón del Grupo a que pertenecía, sino que, en la fase final de la Segunda División, para ascenso a la Primera, se clasificó vencedor absoluto, derrotando bravamente a Clubs de categoría tradicional como el C. D. Coruña, Real Sociedad de San Sebastián, etc.



Ricardo Martín Campos, presidente del "Granada C. de F."

En la temporada actual, al principio de la misma, cuando ya era necesario una ampliación de sus figuras para su mejor actuación en la división de honor, consiguió la firma de valiosísimos jugadores. Entre ellos recordamos a Alberty, jugador húngaro nacionalizado en España, que actuó en diferentes ocasiones en los Clubs Madrid C. de F. y Celta de Vigo. De la valía de este gran portero, internacional varias veces en Hungría,

También consiguió la firma del extremo izquierdo Camilo Liz, que hasta entonces había jugado en el Cádiz C. de F., jugador de gran categoría, que ha sido en diferentes ocasiones señalado por el seleccionador nacional como futuro internacional.

En la delantera, y gracias a sus compromisos militares, consiguió hacer uso del que hoy día es famoso delantero centro titular, César, procedente del Barcelona C. de F., y que había pertenecido a la Cultural Leonesa. Este jugador puede decirse que se descubrió en Granada. Durante sus actuaciones ha mostrado una regularidad tan perfecta, que a pesar de ser nuevo en estas lides se ha clasificado en esta última temporada como uno de los mejores goleadores de la Primera División. Reúne este joven jugador cualidades tan especiales, tales como entusiasmo, "dribbling", colocación, "chut" con ambas piernas, manejo de la cabeza y toda la gama propia de un perfecto delantero centro. Gracias a él en la delantera y a Millán en la defensa, el Granada C. de F. ha conseguido permanecer en la actual temporada en la Primera División, donde ha de cosechar en el futuro grandes triunfos.

No olvidemos en esta labor al entrenador del Club, Paco Brú, que lo fué hasta la última temporada del Madrid C. de F. El, con su reconocida técnica, ha logrado pulir y reformar al equipo de tal forma, que hoy juega uno de los fútboles más perfectos de la Península.

Tiene señalados triunfos en Primera División, algunos de ellos estrepitosos. Ha vencido por fuertes tanteos de 6, 7 y 8 tantos a Clubs de tanta valía como el Barcelona, Oviedo y Castellón, consiguiendo también meritorias victorias—ya más normales—con un Madrid y un Sevilla, a los que venció por 3-1 y 3-2, respectivamente.

En la Copa del Generalísimo, el Granada hasta la fecha triunfa con la facilidad hasta ahora característica en él. Ha eliminado a su más constante rival, del que ya hablábamos al principio, el Málaga C. de F., teniendo que luchar el próximo domingo con el Oviedo, al que, considerando razonadamente, ha de derrotar, puesto que ha demostrado durante la Liga ser superior a él, uniendo a esto el esfuerzo realizado por el Club asturiano en los últimos partidos y el interés que pone en reservarse para su eliminatoria de descenso a Segunda División.

PROYECTOS DE ACTUALIDAD

Sabemos que, aun contando el Granada C. de F. con un equipo bien situado dentro de la categoría superior nacional, sus dirigentes se mueven con inusitado ardor en busca de jugadores de más valía, y hasta su mismo presidente—alma, como hemos dicho, del Club—, hoy día en Madrid, a la caza de figuras que para Granada y su afición han de ser de prestigio reconocido.

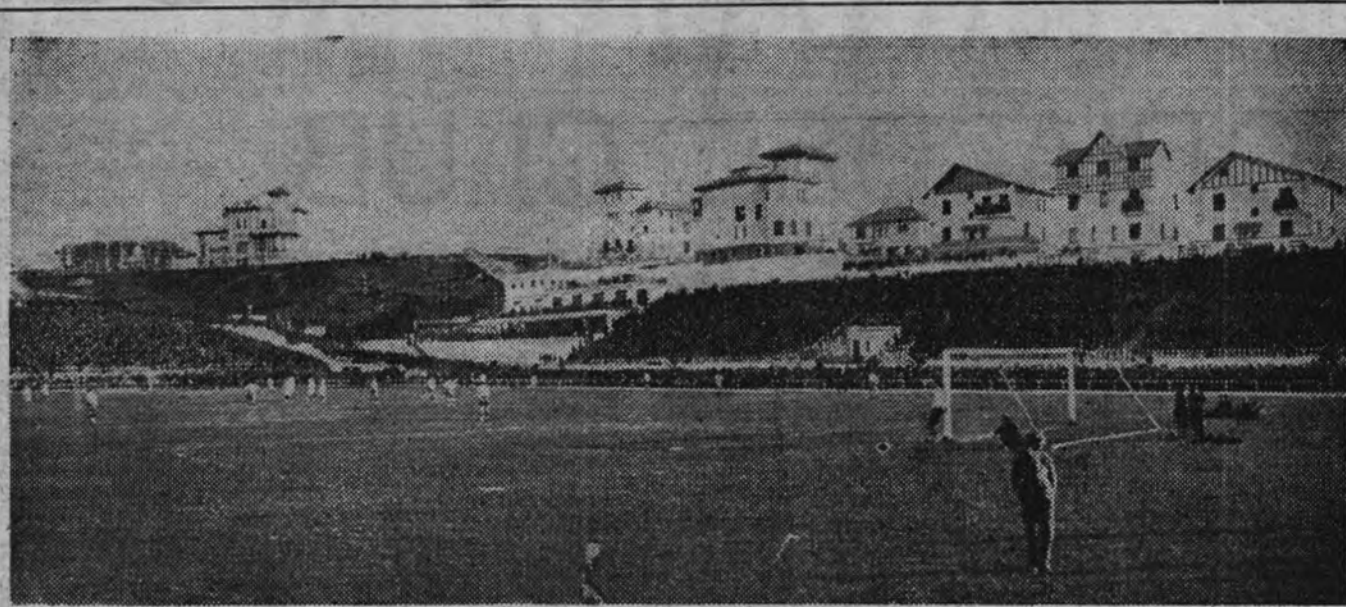
Como colofón de este reportaje, hecho a vuelo de pluma, deseamos al Sr. Martín Campos el más satisfactorio resultado en las gestiones que hoy día le hacen actuar en Madrid, para que de esta forma quede plasmada, una vez más, la labor meritoria de este gran hombre, que es reconocido por la afición deportiva granadina como el padre protector de un deporte difundido de manera extraordinaria por todos los campos españoles.

Granada, 9 de mayo de 1942.

T. ROMERO GARCIA

PUBLICOS ESPAÑALES EN EL FUTBOL

Por PEDRO ESCARTIN



El Estadio de Madrid antes de la guerra

HE aquí un tema siempre peligroso para quien ejerce la doble misión de árbitro y cronista. Claro que precisamente esta dualidad de funciones permite ahondar en el tema con cierta autoridad y una experiencia de quince años rodando campos de fútbol simultaneados con el envío de cuartillas a la imprenta.

Pero lo grave está en que si escuchan ustedes a los árbitros, el público, en la mayoría de los casos, es quien convierte los partidos buenos en malos y el espectáculo deportivo en una batalla campal. Por el contrario, si oyen lamentaciones en la grada o tribuna, siempre son las mismas, sobre el poder arbitral, contra quien representa técnicamente el mando único, y por ello actúa de involuntario pararrayos frente a las iras de una masa que con alguna frecuencia — cada vez menos — quiere ganar por encima de todo.

Nuestro público es uno de los más difíciles del mundo. El español es, en deporte, como en todo, vehemente, impresionable, propicio a dejarse llevar por la apariencia, sin la menor molestia hacia los textos legales. Ellos juzgan en muchas ocasiones por simpatía o corazonada, y con tan escaso bagaje se equivocan como cualquier árbitro en una tarde aciaga. Que también las hay...

"¿QUE PUBLICOS PREFIERE USTED?"

He aquí la pregunta que hace siete u ocho años nos hicieron en una ciudad del Norte por un cronista deportivo de la población, y que dudamos mucho al contestar, aun cuando la respuesta originara más de una convulsión violenta de quienes se creían — sin serlo — masa conocedora y ágil. Cataluña, Vascongadas, Madrid y Gijón eran nuestros públicos predilectos por sensatez de juicio y conocimientos.

—¿Cataluña en primer término? — insistieron.

—Indudablemente, y para concretar aún más, Barcelona. Detrás de ellos Bilbao, San Sebastián, Madrid y... Gijón.

Sorprende de nuestro colega.

—¿Gijón?

—Sí, mi querido amigo. Usted preguntó árbitro por árbitro; verá cómo coincidimos todos. La pequeña ciudad asturiana tiene solera de fútbol, conoce el juego, y aunque desea ganar, sabe conceder a cada uno lo que merece, sin pedir tonterías.

Como en las novelas clásicas, han pasado los años, y al cabo de ellos, la historia se repite, pero justo es reconocer progreso de conocimientos, y como a las anteriores ciudades se han incorporado

otras ya en plena mayoría de edad. Madrid, Barcelona, Bilbao, San Sebastián y Gijón cuentan con una serie de acompañantes lejos de aquel concepto anterior en que se consideraba ligado el honor de una población al resultado de un encuentro de fútbol. Afortunadamente ya no hay eso...

ESTUDIEMOS PSICOLOGIA DE MASAS

Salvo contadas excepciones, el público del Norte es más ingenuo y sencillo que el del Sur y Levante. San Sebastián es, sin duda alguna, el paraíso de las gargantas femeninas, y allí todas empujan a la Real Sociedad, mientras San Mamés — una catedral del fútbol español — es corriente oír la voz constante de algún señor que no perdona el más mínimo error, desmenuzando la tarea del árbitro y equipos. El vizcaíno es concluyente en sus juicios, exige más, pide siempre lucha. Y así en la época grande del Atlético, con sus Iragorri, Cidaurren, Bata, etc., era corriente ver San Mamés vacío. Y a nuestras preguntas de asombro respondían: ¿Para qué vamos a ir? ¿A ver cómo meten siete u ocho? No hay contrarios, y es poco agradable la lucha del león y el grillo...

Y continuaban entre nubes de humo y golpes a las fichas, con la preocupación única del cierre a blancas, sin importarle poco o nada aquello que iba a suceder al Club de la ría. El navarro es público diferente a guipuzcoanos o vizcaínos, y coincidente en la ingenuidad y absoluta buena fe, es peligroso cuando llega hasta su ánimo el convencimiento de un engaño cualquiera o acto de mala fe, y es entonces capaz de cualquier barrabasada.

MADRID Y EL SUR SON LA BROMA...

¡Qué parecidos los públicos de nuestras dos grandes ciudades! Constante su ofensiva de burla, vigilan en modo continuo los actos que ocurren en el campo, para desmenuzarnos, siempre bajo la sátira sangrienta, capaz de descomponer el ánimo más firme. Raras veces pasan de la broma a la pieza dramática, y, por lo general, se contentan con situar los nervios de punta a la persona o personas contra quienes van dirigidos los envíos. ¿Muestras? Ahí va un botón. Se jugaba un Sevilla-Valencia en la actual temporada, y al anular un gol de Campanal surgió la voz de grada gritándonos, con referencia a nuestro Reglamento: "¡Escartín, a ver si aprendes tu libro!"

Y es que el propio Manolo Meana, el gran centro medio, decía en Gijón hace poco:

—En mi época mejor, me desconcertaba el juego del Sevilla y la manera de tomar las cosas su público, y prefería siempre un escándalo en cualquier sitio que la chufia constante de quienes sacan punta a la menor cosa, sin dejarle casi ni respirar...

LO QUE QUEDA POR JUZGAR

Cataluña, especialmente Barcelona, es la región que mejor conoce el fútbol, y su público es francamente conocedor de las reglas que rigen el popular deporte, mucho más complicadas y desconocidas que supone la masa. Pero es natural que así sea, porque cuando otras regiones españolas iniciaban su marcha futbolística,

Barcelona ya recibía grandes equipos de Hungría, Checoslovaquia, Italia e Inglaterra, forjando una masa que nos lleva años de anticipación.

Un lugar que antes inspiraba cierta precaución, Murcia. Hoy su público ha hecho progresos tan extraordinarios, que no dudamos en calificarlo como uno de los mejores de España. ¿Milagro? Tarea del tiempo y consecuencia de una labor educadora que siempre se refleja en la categoría del público. Valencia es la región de España donde hubo mayor aumento de afición después de la guerra liberadora. Y el esfuerzo ha sido gigantesco, sin olvidar a Galicia, que también experimentó un crecimiento sólo comparable al levantino.

EUROPA DIVIDIDA EN DOS ZONAS

A un lado, los silenciosos; al otro, quie-

nes chillan. No es difícil adivinar dónde estamos nosotros, o sea, unidos a italianos, franceses, rumanos, portugueses... y suizos, aunque éstos no lleguen al grado de excitabilidad, tan frecuente en los pueblos latinos. ¿Quiénes gritan más? He aquí una resolución bastante difícil, dada nuestra posición de equilibrio; pero si fuese posible aquilatar, llegaríamos a conclusiones mitad pintorescas, mitad de asombro.

Tres veces hemos actuado en Francia, y en todas ellas los aficionados que llenaban el estadio pidieron dimisión del seleccionador o arremetieron furiosamente contra el equipo nacional. En Italia y Portugal vimos también ejemplos claros de vehemencia latina, y aun cuando sólo tenemos referencias sobre Rumania, también nos consta que el público quiere allí "jugar". De nosotros ¿qué les vamos a decir como nuevo elemento de juicio? Nuestra Federación Española, sabia y magnífica organización, es quien controla y regula semanalmente las estridencias de las masas.

ELOGIO DE LA PASION LIMPIA

Nos gusta que el aficionado sienta aquello que presencia. Es el mejor síntoma y mayor elogio del espectáculo. El día que el fútbol sea algo tan aburrido como el chamele, estén seguros que no tendremos necesidad de hacer campos para 70.000 espectadores, como ahora pide inexorable la necesidad de una masa que cada día es mayor.

Pero precisamente lo difícil está en regular esa pasión, ponerla un límite para que sólo recojamos su parte beneficiosa. El fútbol ha llegado a ser el deporte más popular del mundo, precisamente por sus cualidades emotivas, porque llega dentro con facilidad, apasionando aun los espíritus más fríos. Y como en todas partes cuecen habas, recordemos aquel partido de Liga inglesa, donde el famoso árbitro Prince Cox sólo pudo salir del terreno, tras una derrota local, metido en el cesto de las botas del grupo visitante...

Real Club Deportivo de La Coruña

Aunque parezca extraño no es en el fútbol precisamente donde el Real Club Deportivo de La Coruña puede interesar hoy más a la gran afición deportiva española, y eso que en este aspecto de su actividad ha logrado esta temporada escalar uno de los más destacados puestos: cuarto lugar en la División de Honor, y ser su trío defensivo el menos batido a lo largo de los 26 partidos de esta competición.

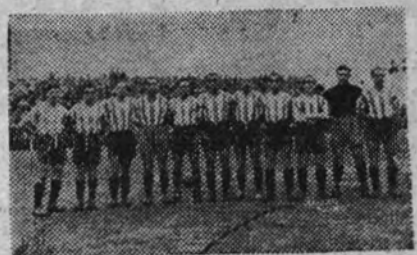
El Real Club Deportivo de La Coruña, al frente del cual se hallan destacados elementos del deporte y de las finanzas coruñesas, presididos por D. Aurelio Ruenes Blanco, caballero deportista, propulsor del auge que esta temporada ha alcanzado el Club, y que es una de las más brillantes de su larga vida, cuenta con 6.500 socios, tiene en construcción un gran Estadio, tal vez el mejor de España y, también en proyecto de rápida realización, un velódromo adecuado y capaz para la celebración de pruebas nacionales.

Aparte del fútbol, tiene en la actualidad el Deportivo coruñés las siguientes secciones:

Equipo de atletismo, dirigido por Vicente Cucarella, que, pese a su corta existencia — comenzó a formarse a principios de año —, lleva obtenidos éxitos resonantes, tales como el tercer puesto en el Campeonato Nacional de Pedestismo, disputado en Santander, y los campeonatos provincial y regional.

En breve, su equipo atlético, tras varias brillantes pruebas locales, participará en los campeonatos provinciales, para los que cuenta con destacados valores de la región.

El equipo ciclista del Real Club Deportivo goza ya de bien merecido prestigio nacional, habiéndose clasificado en primer lugar en las pruebas Madrid-Valencia y Subida al Naranco, únicas en que ha participado hasta la fecha. Componen este equipo los ciclistas hermanos Rodríguez, capitaneados por Dello; Julián Berrendero, Antonio Martín, Fermín Trueba y Jabardo. Berrendero, en representación deportivista, se clasificó



Equipo del Real Club Deportivo de La Coruña. —De izquierda a derecha: Reboredo, Muntané, Tamargo, Chacho, Caballero, Víctor, Pedrito, Guimeráns, Cuca, Acuña y Chao

vencedor absoluto en el Campeonato Nacional Ciclopedito, disputado en San Sebastián.

También comenzó a actuar recientemente el equipo de hockey sobre ruedas, vencedor en el primer partido disputado. Prepara este equipo el prestigioso patinador José María Sastre. Asimismo tiene ya constituidos equipos de baloncesto y rugby, que debutarán en plazo brevísimo. Para la temporada de verano se proyecta la constitución de un equipo de waterpolo, estando ya organizados los de remo y natación.

Otro deporte que merece la atención de la Directiva deportivista es el boxeo, para lo cual tiene formado el equipo consiguiente.

Al mismo tiempo, en el campo de Riazor, reciben clases diarias de cultura física todos los asociados que así lo deseen, lo mismo que sus hijos.

Son numerosas las personas que asisten a estas enseñanzas prácticas de gimnasia.

Hace muy pocos días que ha comenzado a formar un equipo de base-ball, deporte que goza de grandes adeptos en Galicia a causa de los muchos ex residentes en América que viven en esta región.

Sin duda no existe en España Sociedad deportiva alguna que desarrolle una actividad tan intensa en toda clase de deportes y que tanto contribuya a la práctica y difusión de ellos como el Real Club Deportivo de La Coruña.

SI REDACCION,
ADMINISTRACION
Y TALLERES DE
"ARRIBA"
LARRA, 8
Teléfono 32610

Veinticinco años de fútbol a través del REAL MADRID F. C.

Para este número de SI, que el primer Diario Falangista dedica al deporte balompédico, vamos hacer una breve reseña del Madrid F. C., que tantas veces fué campeón de España:

El año 1917 el Madrid consigue nuevamente ser campeón, al ganar en Barcelona al Arenas de Guecho, después de jugar dos emocionantes finales. En el equipo campeón figuraban en aquella época, el hoy prestigioso crítico deportivo y seleccionador nacional, Eduardo Teus; Aranguren, Alberto Machimbarrena y el primer provisional que tuvo el fútbol español, Ricardo Alvarez.

Al siguiente año es nuevamente el Madrid finalista ante la Unión de Irún; el partido se jugó en aquel viejo campo del Atlético de la calle de O'Donnell. Venció el equipo fronterizo por 2-0.

Tiempos aquellos de Perico Parajes, Natalio Rivas, Manzanedo y Pablo Hernández Coronado, que fué y es uno de los más defensores del Club blanco. En todo momento Pablo Hernández Coronado (figura que tiene que destacar en futuras generaciones como modelo de deportistas) ha puesto su entusiasmo, su cariño y su fina inteligencia para servir en todo momento a este Club.

El año 1920 el Real Madrid hace su primera salida al extranjero, en el que obtiene resultados que marca la importancia que el fútbol español va adquiriendo.

En aquel mismo año el Madrid F. C. une a su escudo un magnífico blasón. Su Majestad D. Alfonso XIII le concede el título Real.

Tres años después juega la final del Campeonato de España con la Real Unión de Irún, donde sale derrotado por la mínima diferencia, pero, a pesar de esto, el equipo se valorizó como uno de los más fuertes puntales del fútbol hispano.

Muy extensa sería esta crónica si re-



Ultimo equipo del Real Madrid Fútbol Club

latáramos paso a paso toda la gran historia de este magnífico Club; así, pues, haremos un resumen rápido de su magnífica labor:

En el año 1925 hace una excursión por Europa, que comprende Inglaterra, Dinamarca y Francia; derrotas honorables, empates y victorias, con lo que consiguió dejar por tierras extranjeras bien patentizada la clase del fútbol español.

A partir del año 1924 el Madrid, coincidiendo con la época de la implantación del profesionalismo en el deporte, inaugura su campo de Chamartín. El año 1926-27, después de jugar el Cam-

peonato, parte para América; se refuerza el equipo con jugadores de otros Clubs españoles y la excursión constituye un halagüeño éxito deportivo. Obtiene victorias, empates y derrotas, pero en todos los partidos demuestran los jugadores del Club blanco una voluntad férrea y una gran fe en colocar los colores de España (ya que de rechazo la representan) en el alto mástil del fútbol español.

Al final de temporada el Club de Chamartín opera una reorganización; el profesionalismo se encuentra avanzado e impone nuevas normas a las que es preciso adaptarse.

La temporada 1928-29 es de extraordinaria regularidad; el equipo ha llegado a la final sin perder un solo partido, y el Madrid conoce la derrota ante el Español, en la final, por primera vez en aquel año.

El siguiente año—1930—, en Montjuich, pierde ante el Atlético bilbaíno también por la mínima diferencia.

En 1931 realiza el Madrid, bajo la denominación de Selección Centro, una larga excursión por Centro-Europa.

El Madrid es campeón de Liga el año 1931-32 y el 1932-33, y en el año 1934 obtiene nuevamente un triunfo frente al Valencia, al ganar la final por dos a uno.

Ya en el año 1936, el Real Madrid F. C. consigue nuevamente ser campeón. Un mes después la guerra viene a contorniar y a ensangrentar el país. Los horrores de la terrible contienda privan al Club blanco de sus magníficos directivos, D. Valero Rivera y D. Gonzalo Aguirre, víctimas del furor del dominio marxista.

Acabada la guerra se reorganiza nuevamente el Club, y D. Luis Coppel y D. Laureano Ortiz de Zárate requieren el concurso de los antiguos presidentes generales D. Adolfo Meléndez, D. Pedro Parajes y D. Luis Urquijo, marqués de Bolmarque, constituyendo la Junta reorganizadora del Club.

El equipo se reorganiza también, ya que de él faltan elementos de gran valía que los valientes de la guerra han hecho emigrar a tierras lejanas.

El Madrid, después de una temporada irregular, se clasifica una vez más para la final, y pierde ante el Español de Barcelona por la mínima diferencia.

En la presente temporada 1941-42, el Madrid ha llegado a obtener el segundo lugar en el Campeonato de Liga y esperamos en la Copa del Generalísimo obtendrá grandes éxitos.

CLUB DEPORTIVO CASTELLÓN SU HISTORIAL, SUS TRIUNFOS

En los días calurosos de julio, y en el año 1922, quedaba oficialmente constituido el Club Deportivo Castellón. Con su nombre aspiró la nueva Sociedad a agrupar en torno a unos mismos colores todo el entusiasmo y afición de la capital; con su fuerza se consagró a llevar la categoría del fútbol castellonense a la conquista de un título resonante. Todo ello, alcanzado en breve tiempo y acrecentado por nuevas glorias y laureles de año en año.

Del Castellón de entonces al de hoy media un abismo. Por aquellos tiempos se jugaba en el duro campo de la carretera de Valencia, pequeño y sin comodidades para el público ni jugadores. El equipo primitivo vestía pantalón negro y camiseta blanca, pero siempre con el ya viejo y tradicional escudo actual.

De sus primitivos jugadores, presentes siempre en el recuerdo de los aficionados, algunos han llegado todavía a formar en los conjuntos recientes y vestir la camiseta albinegra.

LOS AÑOS DE HEROICA LUCHA Y LA INAUGURACION DEL SEQUIOL

La situación del Castellón fué durante algún tiempo muy desventajosa. Cuantas veces un "Estadión", "España", "Bursasol" o "Sagustino" dejaron al Castellón sin conseguir el título tan ansiado. La afición al deporte fué aumentando a medida que el juego mejoró y que éste alcanzaba categoría en España. Un grupo de entusiastas creyó que era llegado el momento de mejorar el campo, y así, puesta rápidamente en marcha la empresa, un año después de nacer el equipo vióse ya poseedor de un terreno de dimensiones reglamentarias, y con tan ancho margen para amoldarse al progreso de Castellón, que, dieciocho años después, ha sido posible convertirlo en la maravillosa cancha que es en la actualidad. El partido inaugural del Sequiol se jugó en noviembre del 23 contra el Real Club Deportivo Español de Barcelona.

El 11 de octubre de 1933 aparecieron las camisetas albinegras, portadoras de innumerables peripecias para el Club, pero también de victoriosas jornadas que nos conducían a situarnos entre los primeros Clubs del deporte balompédico.

LOS TIEMPOS DE MEJOR JUEGO

Campeón regional y acceso a Segunda División.—La marcha ascendente del Castellón no podía quedar truncada; tras la conquista de su campeonato se aspiró a la supremacía regional, y el equipo completó su cuadro de jugadores buscando el conjunto eficaz que llegara hasta jugar el entorchado de campeón.

Al fin, el Castellón logró su ansiada victoria sobre el Valencia, y en el propio campo de Mestalla, por dos a cero. Desde aquella fecha procede la fama

sobre equipos famosos que rodearon de gloria su nombre deportivo, le valió en el año 1941 el ascenso a Primera División.

La brillantez de la campaña del Castellón hasta lograrlo está en el ánimo de todos los buenos aficionados.

Se entró en la Liga, y la realidad respondió plenamente, ganado el primer partido en Cartagena y vencido el Córdoba en el Sequiol (2-1, 5-2), el Castellón hizo un gran partido y obtuvo una victoria limpiísima en Sabadell (3-0). Al terminar la primera vuelta sólo había su-



Equipo del C. D. Castellón, temporada 1941-42

del Castellón, porque ya entonces demostró lo que es capaz de conseguir el entusiasmo y la fe cuando están al servicio de unos colores.

TEMPORADA TRIUNFAL DE 1940 A 1941 Y ASCENSO A PRIMERA DIVISION

Ese mismo milagro del entusiasmo, que permitió mantenerse en la Segunda División durante la temporada anterior, el que antes le había dado al Castellón sus mejores triunfos, el título de subcampeón regional primero, de campeón regional por dos veces, el ascenso a la Segunda División en 1930 y aquellas vic-

trias sobre equipos famosos que rodearon de gloria su nombre deportivo, le valió en el año 1941 el ascenso a Primera División.

La segunda vuelta acusó un ligero cansancio de los jugadores en su comienzo, casi suplente; lo que se ganaba en acoplamiento del equipo estábamos expuestos a perderlo por la falta de descanso. Un empate en Castellón con el Cartagena—a pesar de que jugó bien aquella tarde—, otro en Córdoba, una difícil victoria sobre el Sabadell y la derrota frente al U. D. L. G., en Mestalla, hicieron creer que el equipo perdía gas. Pero era pasajero decaimiento; se ven-

ció al Cádiz, y aunque perdidos, como normalmente debía ocurrir, los encuentros de Gerona y Granada—con gran temblor del público, que vió a los andaluces ¡cuatro puntos! delante del Castellón—, cuatro triunfos, rotundos, resonantes, definitivos; 19 tantos a favor y sólo uno en contra fueron el broche que el equipo puso a esa campaña completísima de la Liga, en la que sólo se conoció la derrota cinco veces en 22 partidos, y se enumeraron 64 goles a favor por 34 en contra.

LA LECCION DEL PARTIDO ZARAGOZA-CASTELLÓN

Nunca se insistirá bastante sobre el fonde de lección que aquel partido encierra para nuestros jugadores y público.

Se acudió a Madrid tras una derrota fortísima, y al campo saltaron los jugadores sin Guillén, y también sin Antónito; pero sabían que en las gradass había un millar de aficionados pendientes de su juego, y en Castellón todo un pueblo que esperaba saber cómo iban de fendiendo una historia que en sus muros estaba rematar con un gesto glorioso.

El terreno estaba algo encharcado. Pizá se lesionó a los pocos minutos de juego; todo detalle que en otras ocasiones se alegó como causas de derrotas. En cambio, entonces no decayó el ánimo ni un solo instante, y toda la Prensa de Madrid, asombrada ante aquel derroche de fe y de tesón, ensaldó hasta tal punto el entusiasmo de nuestro equipo, el valor de la moral de sus jugadores, la importancia de aquel loco cariño que demostró la extraordinaria alegría del triunfo, que muchos fueron los que aquel mismo día creyeron el milagro de esa adhesión a la bandera del Club.

FINAL

El Club Deportivo Castellón, que ha llegado a la cumbre de su gloria con el ascenso a la Primera División, piensa en esto con un afán ambicioso de servir a España en la esfera de sus posibilidades. No limita su vida a sostener un cuadro de profesionales, sino que, al calor del enorme entusiasmo que sus colores despiertan en la región, ha de convertirse en germen de muchos deportes y en propulsor de las más variadas aficiones, siguiendo la trayectoria trazada por los grandes Clubs españoles.

CAMPOS DE FUTBOL

Por JAVIER BARROSO

ACCEDO gustoso a la invitación de colaborar con unas líneas en el número dedicado al fútbol por el suplemento SI, pues el tema título de estas cuartillas tiene el indudable interés de facilitar la divulgación de algunas ideas, aunque rudimentarias, de lo que debe ser un campo de fútbol. Entra además por completo dentro de mi conocimiento profesional, ya que una de las dos aficiones de mi vida, y es natural que haya estudiado el tema con todo cariño.

Quiero hacer una advertencia previa, y ello es que lo que vais a leer no tiene otra finalidad que la de explicar en lenguaje vulgar lo que puede y lo que debe ser un terreno dedicado al fútbol, sin más pretensión que la modesta de que lo entienda el lector no profesional, pues no descubro nada extraordinario ni pretendo enseñar a ningún técnico cosas que conocen tan bien o mejor que yo.

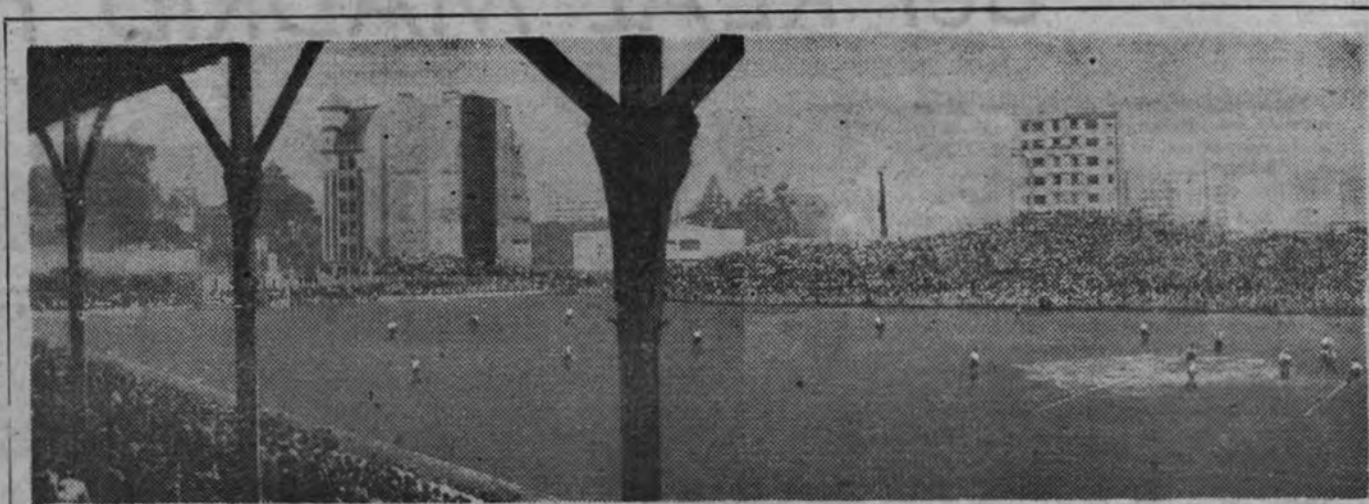
Un campo de fútbol es un terreno deportivo para esta especialidad, sin que deba confundirse con un Estadio. Los Estadios son para practicar y presenciar un conjunto de pruebas deportivas, entre las que indudablemente puede estar el fútbol, pero que nunca será el terreno ideal para esta modalidad deportiva por varias razones: Una de ellas es que las pistas atléticas, imprescindibles en un Estadio, obligan a separar el terreno de juego de los espectadores aún más que en las líneas laterales en los fondos de gol, por las curvas de radios mínimos imprescindibles que deben tener las pistas, haciendo que los espectadores vean el juego a demasiada distancia, sobre todo para nuestro fútbol, cuya mayor belleza es la rapidez y la violencia, que se aprecian mejor desde más cerca, siendo además preciso al jugador el aliento de sus partidarios, y a los espectadores sentir un poco el "jadeo" del jugador, y hasta si se quiere, "oír" el golpe del balón, lo que en un campo abierto sólo se aprecia por una minoría.

A mi juicio, puesto que para ver fútbol se hacen los campos de fútbol, éstos deben tener tal condición indispensable, aunque comprendo que por ahora no tenemos la abundancia de grandes terrenos deportivos como para gastar el lujo de dedicarlos exclusivamente a este deporte. Ello hace que la gran labor iniciada por algunos Municipios españoles, y que, afortunadamente, va teniendo imitadores, en su preocupación de construir instalaciones deportivas, sean enfocadas hacia los Estadios, pues terrenos exclusivos para fútbol son los Clubs los llamados a acometer su construcción; y, desgraciadamente, son muy pocos los que cuentan con capacidad económica para ello. En España, a mi juicio, hay solamente un campo que puede decirse que es casi ideal, y es el terreno de Las Corts, del Club de Fútbol Barcelona, que además tiene fácil ampliación para público, que creo está ya en proyecto e incluso en vías de realización.

En Italia hace unos días he podido ver en el campo de San Siro, en Milán, un campo ideal, de capacidad y distancias, exclusivo para fútbol, aparte de unas instalaciones perfectas.

En terreno de esta naturaleza se obliga a fuertes pendientes en las localidades para conseguir una buena visibilidad desde todos los puntos. Algo puede aminorarse esto haciendo el trazado de las líneas de tribunas con una ligera curvatura que se separe un poco más en el centro del terreno, y ello, además de un bonito efecto estético, ayuda enormemente a ver con absoluta facilidad toda la línea lateral de juego y las esquinas contrarias. Así lo tiene el campo de Sarriá, del Real Club Deportivo Español de Barcelona, con magnífico resultado.

Hasta ahora hemos tratado el tema para el espectador. Pasemos también brevemente a hablar del terreno de juego en la propia acepción de la palabra.



El campo de San Mamés, entre neblinas y humedades. El campo, legendario e histórico, del barrullo y de los "leones". El campo que escribió páginas tan emocionantes en el fútbol español, y sobre cuyo césped, todos los grandes equipos mordieron el polvo—o el barro—ante aquella fácil y codiciosa potencia realizadora del Athletic de Bilbao

La primera condición, esencial a tener en cuenta a mi juicio, es el trazado del terreno de juego y su dimensión. Desde luego la orientación es primordial, es decir, que en ningún caso el sol debe estar nunca de cara a los marcos. La orientación ideal es la N. S. coincidiendo con el eje mayor del campo. La cuestión de las dimensiones es otro tema que, aunque restringido por las medidas límites reglamentarias de nuestro juego, yo aconsejo que se tienda a las máximas posibles, por, que (y aquí habla más que el arquitecto el aficionado) el juego verdadero y de clase en fútbol se practica siempre en terrenos de grandes dimensiones. Hay más amplitud para concebir la jugada de largos desplazamientos que obligan a la velocidad, es decir, que producen la mayor

en nuestros climas ha de ser necesariamente en el invierno, entre lluvias y heladas, lo que hace que en un gran tanto por ciento los partidos se celebren con el terreno en condiciones de humedad. Ahora bien, si se consigue que la humedad natural de la época del juego no llegue a encharcamiento, el terreno se defenderá mucho mejor, pues fácilmente se comprende que si el destrozo inevitable al juego llega a levantar la raíz de la hierba, esa hierba nunca vuelve a crecer, y obligará, al terminar la temporada, a levantar el terreno y a sembrar nuevamente, no llegando nunca a coger la pradera la fuerza de raíz indispensable que sólo da el tiempo.

Esto se consigue con un buen drenaje del campo, gasto que compensa con mu-

camente y justos, para que, sin perjuicio para la cancha, no estorbe ni dificulte el rodar de la pelota.

Queda otro punto a tratar, y es la cuestión de los servicios anejos al de vestuarios, botiquín, salas de árbitros, etc.

Yo tengo la opinión de que los vestuarios de jugadores han de ser alegres y agradables, con cuanto confort sea posible y con la mayor independencia. Tiene gran importancia para el ánimo del atleta el prepararse en un sitio ventilado y grato, donde sea fácil el optimismo. También debe estar cercano al terreno y aislado del público, pues todo debe contribuir al sosiego de los nervios, siempre en tensión antes del partido decisivo, de cuyo temple tanto se precisa desde que suena el silbato del árbitro para iniciar el juego.

Es indispensable también que la salida al campo sea totalmente independiente. La ideal—ya implantada en muchos campos de España—es por galería subterránea. Las razones de esta preferencia, conocidas las condiciones de exaltación en pro y en contra de nuestra bendita raza, no es preciso consignarlas...

Es necesario dar toda la importancia que requiere a las instalaciones correspondientes al servicio médico, salas de curas o botiquín, como quiera llamarse, pero se sale de mi órbita profesional entrando en la médica.

Por ello solamente debo recomendar un adecuado asesoramiento técnico antes de acometer la construcción de estas importantes instalaciones.

En las de los servicios sanitarios—duchas, lavabos, W. C., etc.—puede hoy día, con nuestras modernas industrias, llegarse a límites de perfección. La instalación de pequeñas piscinas en la propia nave destinada a vestuarios de jugadores, que permita tomar un baño de agua tibia al final del partido, no debe ser un refinamiento, sino una necesidad más, como acontece en muchos campos del extranjero.

Muchos detalles y más consideraciones podría consignar, pero con ello haría estas líneas interminables. Y de cualquier manera, para llegar a la conclusión de que puedan alcanzarse en orden a instalaciones deportivas límites extraordinarios y formidables.

Cuanto esfuerzos tiendan a que España continúe mejorando progresivamente sus instalaciones deportivas, no deben regatearse. Cada uno, dentro de sus posibilidades y de su actividad, debe contribuir a esa obra para que un día llegue en que aquellas se tomen como modelo, sirviendo así un alto interés nacional y, sobre todo, cooperando a esa campaña de acercamiento de nuestra juventud al deporte, que es el que hará en el mañana destacar aún más, si cabe, las virtudes raciales de nuestra querida Patria.



Campo de Chamartín

belleza del juego. Además los jugadores que se acostumbran a tales campos en su entrenamiento, están en mejores condiciones físicas y con una base para poder acudir con garantía a las competiciones internacionales, que normalmente se disputan en amplios terrenos. Y la garantía del éxito en tales casos es meta en la que culminan los esfuerzos de todos, puesto que es en el contraste internacional donde se aprecia en su justo valor el fútbol español y se defiende el honor patrio.

La preparación del terreno propiamente dicho tiene gran importancia para la calidad del juego. No debe escatimarse nada en el desembolso inicial, ya que representa una gran economía en la conservación. El tiempo de practicar el fútbol

cho el que supone la reposición de la cancha periódicamente.

En España, la semilla que quizá dé mejor resultado es la mezcla del "ray-grass" con el trébol violeta, que, unidos, cubren muy bien, y que a los varios cortes dan un tapiz magnífico y compacto. Para su buena conservación tiene también gran importancia el sistema de riego, debiendo evitarse los arrastres de mangueras, que perjudican enormemente. El ideal es el de lluvia artificial, que no castiga la planta y reparte con gran uniformidad el calado del agua.

La pradera puede y debe abonarse, naturalmente con abonos minerales, que no ocasionan perjuicio alguno a los jugadores, aunque se hieran en el curso del juego; y tiene también gran importancia el saber dar los cortes a la hierba, periódicamente.



Campo de Vallecas